

La Esfera

3 Noviembre 1917

Año IV.—Núm. 201

ILUSTRACION MUNDIAL



MADRILEÑA, cuadro de Leandro Oroz

DE LA VIDA QUE PASA
LA GRACIA Y LA TRISTEZA

SALVO esos casos de sumisión en que los empresarios, alucinados por el renombre ó el recuerdo de pretéritos éxitos, no se atreven á preguntar nada á los autores, temerosos de incurrir en su enojo, no hay escritor que al proponer una obra teatral no reciba, á quemarropa, esta interrogación, llena de reticencias:

—¿Es cómica ó triste?

Con esto quiere decirle, en pocas palabras, el empresario, no que le preocupe la tendencia estética ni la acción ética que pueda la nueva obra ejercer, sino que reduce á un común denominador crematístico todas las diferencias entre lo trágico y lo cómico. Si se trata de una obra seria, el autor recibirá largas para la lectura, y más largas para los ensayos; si se trata de una obra de risa... ¡ah!, entonces el señor empresario ríe ya por el mero hecho de pensar que el público pueda después reír. De memoria saben, quienes de empresas teatrales se ocupan en España, que desde hace mucho tiempo fueron las obras regocijadas las que mayores rendimientos allegaron. Preguntarles las causas sería ponerlos en un aprieto; algunos tienen tal dificultad de expresión, que ni atinarían á decir que ellos no son psicólogos, sino sim ples tenedores de libros.

Las causas de este fenómeno son complejas, y alguna de ellas merecería estudio superior al que cabe, por extensión y profundidad, en esta nota. Cuando se habla de gracia entre gentes de teatro, no se alude á esa virtud de simetría interna, de totalidad, de coordinación feliz que, no importa en cuál género, infiltra á las obras en el efluvio de un carácter casi mecánico de hechos absurdos que mueven la boca á carcajadas sin obligarla á pasar por el puente de la sonrisa; es el trastruque de palabras ó ideas que, por efecto fonético ó ideológico—valga la expresión—, descen- tran la cláusula y producen resultados grotescos, en cuyo fondo no se necesita ser muy sagaz para percibir un germen triste. Algunos de los procedimientos de esa gracia figuran en los manuales de psiquiatría como signos de degeneración mental. El chiste, verdadero microbio del idioma, domina las escenas, y á él están supeditadas, no ya las frases, sino hasta la misma arquitectura de las obras. No es raro, al salir de una de esas representaciones donde, según la justa expresión de los gacetilleros, el público se ha reído «hasta enfermarse», oír cosas parecidas á éstas: «¡Qué bárbaros!» «¡Va- ya una sarta de desatinos!» «¡Hay que reírse, ó matarlos!»

Los intérpretes de esta laya de obras han recurrido, por instinto, á contorsiones y gestos de payaso. No es posible hablarlas humanamente; se necesita buscar en el

simio ó en el autómatas el complemento de esas palabras, en que la dignidad humana se muestra tan rebajada y envilecida. Sólo que la parte cómica de los circos va á resucitar en el espectador ciertos sedimentos infantiles, y la parte cómica de estos abortos escénicos necesita de sedimentos bestiales, y sólo por fuerzas de mal mueven á risa. En un sitio es balbuceo, en el otro tartamudez... Continuando una interrumpida tradición española, los desvergonzados, los hampones, los cesantes, los padres de prole numerosa y escaso peculio, son los protagonistas predilectos.

Montaigne habla de la tristeza con natural despego de escéptico egoísta; quizá tal estado de espíritu constituya, en suma, una especie de «grippe» del alma. Si la tendencia de público y autores á lo cómico á todo trance, viniese de temor á esa enfermedad ó de afán de resarcir la atención de los cuadros de horror que pinta con dolor y sangre la vida de hoy, merecería el intento serio análisis, ya que no en la realización, en el propósito. Pero podéis estar seguros de que quienes suscriben las obras de más éxito y quienes más se ríen con ellas nada leen, nada saben, en nada participan de la honda tragedia de ahora. Da pena escuchar en los teatros de

comedia engendros que destruyen actores y embotan el gusto del público. ¿Cuántos esfuerzos serán precisos para restituir á esas salas donde hicieron sonreír antaño agudezas de clásicos y hasta hace poco sutiles jocosidades de modernos, la sensibilidad distendida por estos nuevos bárbaros que talan, entre la indiferencia de todos, la heredad estética de España? Bien haya la gracia, bien haya la risa cuando es cifra de contento y de comprensión; mas estas carcajadas no son alegres. Los Sres. Alvarez Quintero, ilustres escritores, merecerían, aun cuando no se atendiera á otras excelencias, sólo por la calidad de la risa que han producido, elogios sin tasa. Molière decía que no es fácil oficio el hacer reír á las «buenas gentes», y Jorge Meredith, en su admirable *Ensayo sobre la comedia*, escribe acerca de lo cómico palabras plenas de sentido. También en *Le rire*, de Bergson... Pero, ¿á qué seguir? Estos señores, dedicados á lo ultracómico, no necesitan conocer nada; su ignorancia enciclopédica está contrapesada por su des- comprensión, de tal modo, que la «gracia» ha llegado á estar, no en razón directa con el ingenio, sino con el cinismo. En este sentido son eminentes sujetos de *humor*... ¡Si se lograran retratar en una obra!... Sin embargo, ¿cómo no echar de

menos, en la aspiración total de un movimiento escénico, rincones donde se cultive la tristeza esmeradamente para públicos capaces de sentir la voluptuosidad de la melancolía? Y si esta aspiración pareciera demasiado arbitraria por su falta aparente de utilitarismo, otra puede argüirse, práctica y fuerte, para echar de menos en esta época tan triste la falta de anhelos de erigir monumentaciones de la tristeza, que afinan el alma, depuran las ansias de conquista de cada individuo, hacen detener muchos ojos indiferentes y secos en dolores que antes no se veían, enseñan el precio de las lágrimas, permiten revaluar los esfuerzos y los fracasos. «Ya tenemos bastantes penas en casa», suele decirse para repeler el teatro triste. Si; pero ante esas penas domésticas, ¿cuál actitud tomáis? ¿Sabéis sufrirlas? ¿Sabéis evitarlas?

Después de haber- nos conmovido muchas veces por penas fingidas por el Arte, la pena real encuentra á nuestro espíritu en actitud de comprenderla y de respetarla. Hacerse duro no puede ser la divisa de los hombres. Y aunque sólo fuera por esa gimnasia del alma para poder mostrarse luego ágil, dulce, tierna en los ejercicios de la vida, casi siempre henchidos de dolor, el teatro triste merecería apoyo de los llamados á realzar el nivel de los pueblos y á llevarlos lentamente, sin desmayar por inesperados tropiezos, hacia la Justicia y hacia el Bien.

A. HERNÁNDEZ CATÁ



PAISAJE DE CASTILLA

La tarde está calina, y, bajo el cielo, que, audaz, vierte su llama, la tierra, sin rumores, se duerme, como un horno, calcinada. Yace muerta la brisa, y, entre el mustio desmayo de las ramas, se escucha el trabajo y monorrítmico cantar de las chicharras.

Ni se mueve una brizna, ni hay un leve temblor entre las matas, ni cruza, raudo, un pájaro del cielo la inmensidad dormida y solitaria.

La tarde está calina, y es tan grande el sopor en esta calma, que un halo de neblina temblorosa, como un turbio cristal, la vista empaña.

Este viejo paisaje castellano, bajo ese sol, que indómito le abrasa, parece, seco y sin olor, que tiene dura, también, como el mirar, el alma.

Poco á poco, en las cumbres que circundan el valle, como pardas ovejas de un rebaño, grises nubes se agrupan, y, calladas, haciéndose, después, obscura nube, por el confin del cielo se dilatan, y, de un viento sutil al repentino volar, las verdes ramas de los resecos pinos se estremecen con el murmullo trémulo de un arpa.

Turba de negros pájaros, huyendo de las profundas nubes, en bandadas, cruzan, á ras de tierra, hacia el poniente, con un rumor insólito en las alas, y, en los líquenes verdes de las dormidas charcas, croan, sintiendo la humedad del aire, con ronca voz, las estridentes ranas.



Gota á gota, despacio, como el lento surtidor de una fuente que se acaba, comienzan, casi rojas, las espesas nubes á dar la ofrenda de sus aguas, gotas que, como el plomo de tibias y pesadas, allí donde se vierten, como el plomo, al caer, la tierra horadan.

Por los tajos bravíos de las vertientes agrías, de un trueno la oquedad rueda y se pierde con un trémolo sordo, y cuando apaga el trueno su oquedad, como á un conjuro, en un fleco sonoro se desata la turbulenta lluvia que en la tierra, al caer, redobla y salta.

Y debajo de un árbol corpulento, que pródigo me tapa con el dosel tupido de sus frondas, miro el caer del agua, que en los sedientos surcos, en las crujientes zarzas, en los ásperos troncos de los pinos y entre el sucio verdor de las retamas, pone un coro de pájaros que trinan y un olor campesino de fragancias.

Bendita y noble tierra que eres cuna y orgullo de mi raza; fuerte y humilde tierra de Castilla que, bajo un sol que, indómito, te abrasa, parece, seca y triste, que no encierras amor en tus entrañas, pero que cuando sientes en tu seno, tibio, al caer, el golpe de una lágrima, —lluvia del cielo ó llanto de los hombres— tu corazón se ablanda y abre, en los aires, generoso, un canto de trinos y de líricas irragancias.

BERNARDO LÓPEZ MARTÍN

FOT. CANDELA

EL ETERNO RONDADOR

Donde estuvo, está. Por donde anduvo, anda. Más fuerte que los tiempos, dura á través de los siglos, y se eterniza en el lapso de los días. Es aquel caballero de la aventura que desveló á tantos poetas y que entró en el jardín de las artes por la vieja puerta de los jazmines, la de herrumbrosa verja que sólo se abre para darle paso á él. Como en el palacio del Califa cordobés, el de Medina-Azara, había una misteriosa portezuela de marfil que sólo giraba sobre sus goznes cuando entraba una doncella elegida por el Señor para endulzar sus horas de tedio, así esa verja está reservada al galán esperado, al paladín del amor, cuando se digna él penetrar en el recinto. Ya era éste la casa solariega de altivo noble, ya era la casa de Dios. Duquesas, monjas, todo era lo mismo para las empresas del que, por estar enamorado del ideal, no encontraba nunca en mujer alguna el dechado de sus deseos. La vulgar observación une la idea de Don Juan y la de la inconstancia. Error absoluto. Ese es el único hombre que no ha sido tornadizo en sus queres. Perseguía, á través de los corazones femeninos, un corazón. No lo encontraba, y seguía buscando. No se llamará veleidoso al minero que, no hallando en esta tierra la mina de oro, va más allá, y continúa su viaje explorador. Don Juan es el minero de la felicidad amorosa que desecha lo que no corresponde con sus anhelos.

Don Juan va seguido de Ciutti. No se concibe al caballero sin el servidor. Este enamora á las criadas mientras su amo seduce á las señoras. Si hay que pelear, pelea; si hay que comprar la fidelidad de la dueña ó del rodrigón, él sabe abrir la bolsa, repleta siempre de oro, porque, como dijo Campoamor:

«En guerra y en amor es lo primero el dinero, el dinero y el dinero.»

¿Se concibe á Don Juan pobre? Tan bellos como él hay muchos; tan bizarros y tan esforzados abundan. Pero sólo él dispone del tesoro inagotable para derramarlo en torno. Ciega el polvo aurífero á cuantos rodean y defienden á la beldad asediada, y entre el misterio de ese encanto pasa el galán hasta los brazos trémulos de la enamorada. Los más adustos guardianes se rinden. Senda de flores es el camino que él recorre, y si á veces esas flores son rojas amapolas, es que la tizona del vencedor ha marcado con sangre ajena su triunfo.

También es hábil en la esgrima Ciutti; pero mientras en la diestra de Don Juan la espada es rayo de luz que ciega y quema, en las del escudero es la herramienta vil del odio. Los que Don Juan mata, son glorificados; los que derriba Ciutti, son sencillamente asesinados. La epopeya se convierte en crimen si el caudillo no enoblece los hechos con su gentil espiritualidad.



La vieja ciudad es del héroe. En vano Corregidores, Veinticuatro y Bailíos derramarán en torno del convento la hueste servil y numerosa de alguaciles y porquerones. Como un Dios, invisible á los ojos profanos, Don Juan pasará el cerco y penetrará en la ciudadela mística, sin que lo sospechen los vigilantes. Doña Inés le aguarda, y el Comendador llegará tarde para su honor, sin que le valgan cosa alguna sus precauciones. Es demasiado desigual la contienda. El amor es invencible.

Marín ha trazado una página emocionante de poesía con su graciosa pluma, que, arañando sobre el papel, descubre fondos inesperados de arte. Es el momento en que el conquistador va á su conquista, y tras él marcha el fiel auxiliar. Allí se descubre el farol que anuncia que el camino está seguro y las puertas de par en par. Escena rápida, apenas vista, soñada acaso, real sin embargo y cierta. Y mientras la comunidad reza en el coro, el diablo penetra en el santuario. Diabolo hermoso, diablo encantador, todo bravura y gracia, rico en decires galanos, ducho en los secretos del corazón femenino, sabidor de lo que pueden sobre la honestidad los elogios y sobre la inocencia los prestigios de una fama hecha con besos y lágrimas de tantas hembras burladas.

No, la prosa de la vida moderna no ha acaba-

do con esta figura hechicera del mozo audaz, que tiene en su alma un panteón de virtudes profanadas. El sigue vivo, fuerte, domeador de las voluntades, y no ha perdido ni su capa ocultadora del rostro, ni su estoque imperante y magnífico. Otros conquistan pueblos. El conquista mujeres. Y es capaz de dar una provincia por una hermosura. ¿Para qué las victorias sobre emperadores y reyes? ¡Cuánto más gratas las que se alcanzan sobre los sentimientos femeninos, y se consagran en un billete de amor! Todos los tratados de paz que se ajustan en los campos de batalla no valen lo que este convenio en que sólo hay una cláusula: amor y rendimiento. La vencedora entrega cuanto tiene: sus gracias, sus ilusiones, sus esperanzas, su belleza. Si el vencedor falta á lo estipulado, no será menos traidor que el caudillo que inscribe sus promesas ante dignatarios palatinos y diplomáticos. En toda victoria hay el anuncio de una deslealtad. Sólo los vencidos y humillados consultan las líneas de convenio para hallar salud en ellas. El que ha impuesto su voluntad no tiene sino un código: su deseo. Así Don Juan medita, en el regazo de la amada del día, el plan de la conquista del día siguiente.

Protestan los moralistas, y condenan al profanador de sus dogmas; pero éste continúa su marcha, poniendo el pie sobre los que le combaten. Si no hay otro derecho que la fuerza, á lo menos en esta ocasión la fuerza va acompañada de la gracia. La capa de Don Juan sabe tapar todas las maldades.

Más he aquí que él aparece y el cuadro surge. El antiguo edificio monacal se eleva en la sombra de la nocturnidad medrosa. Los cipreses del huerto dominan con sus melancólicas cúspides los tapias. Suena la campanita, llamando á la oración por las ánimas. Del área encerrada en los muros viene el vaho embriagador de las flores, que se entregan al venticillo plácido. Un ruiseñor, escondido en lejana hojarasca, lanza sus acordes de celos, reclamando á su compañera. La luna rompe las nubes é ilumina el horizonte... Como siempre, la poética vulgaridad se repite. Ayer, mañana. Nada nuevo. Es así y no ha de ser de otro modo. Rimarán los vates con estilo diverso para narrar la escena, pero ésta será perpetuamente igual. Don Juan avanza. Ciutti va poco más lejos. Por allá estarán emboscados los asalariados servidores, dispuestos á caer sobre la ronda, si ésta osa interrumpir el idilio. Y los seculares cipreses que han presenciado tantas veces el cuadro, sentirán pasar por las aristas de su ramaje un soplo de primavera... El viejo Mundo sonríe contento de que su hijo predilecto siga tan bello y tan desleal.

J. ORTEGA MUNILLA

DIBUJO DE MARÍN

LA ESFERA

JOYAS DEL MUSEO



RETRATO DE DOÑA TADEA ARIAS DE ENRÍQUEZ
Cuadro de Goya, que se conserva en el Museo del Prado

LAS NOVIAS DE DON JUAN

Como todos los años, se ha representado *Don Juan Tenorio* en casi todos los teatros de España. Solamente en Madrid lo hicieron el Español, el Odeón, la Princesa, Eslava, Cervantes, Price, Barbieri y creo que algún otro. Así, pues, el aniversario escénico del Burlador, no sólo no decae, sino que se acrecienta de Noviembre á Noviembre ¿Es por Don Juan, por sus gallardías dadivosas y por sus aventuras temerarias? Tal vez no; porque el «donjuanismo» pierde terreno, es antipático por sus fanfarronadas y miserable por la indiferencia de su corazón. El drama insigne es inmortal por Doña Inés; el «donjuanismo» es perdurable por la gracia espiritual de sus víctimas; Don Juan se salva en la memoria de los siglos por la cándida eternidad de sus novias.

Las novias de Don Juan fueron todas clarividentes hasta en sus arrebatos, todas místicas hasta en sus sensualismos, todas fervientes hasta en el desmayo de su abandono. En esta procesión de amantes donde hay princesas y pastoras, matronas otoñales y novicias púberes, los cánticos podrán cambiar de ritmo, pero la antífona es siempre la misma: Amor...

A lo largo del río donjuanesco, en todas sus riberas líricas, se produce la misma flora espléndida y gentil. Don Juan cambia, según los climas poéticos y según el temperamento de sus cantores; es creyente con Tirso, ateo con Molière, bizarro en Byron, traicionero en Puskin. Sin embargo, las novias de Don Juan, tan diferentes todas en presencia, son todas, en esencia, iguales.

Recorred el mapa de amor y veréis á las grandes rubias de Puskin soñando, entre las nieves de la estepa, con su Don Juan ruso; á las tristes morenas de Goldoni acechando la góndola en donde se acerca; á las lozanas campesinas de Molière tendidas entre los trigales y esperándolo; á las nobles damas de Byron mirando desde la ventana del castillo el sendero por donde su corcel blanco galopa; á las españolas de Lope y Tirso, del Romancero y de Zorrilla, temblando tras la reja conventual ante el prestigio arrebatador de su capa noble y de sus espuelas resonantes...

ooo

Todas estas mujeres, al convenir en un tipo de amor, ponen los climas y los mares, los temperamentos y las razas, á un nivel y en el mismo tono. Porque la vasta lira temenil, tan varia y tan compleja en las emociones vulgares, cuando siente la emoción altísima no hace sonar más que una cuerda: la de la Ilusión.

Así, en la gran literatura donjuanesca, todas sus heroínas van, por senderos diferentes, al mismo castillo mágico del Ensueño. Una es princesa y otra pescadora; Elvira deja á su marido humano; Margarita al Divino Esposo; Clara es profesora y Doña Inés novicia. Esta vive la baja vida del mesón; aquélla la fastuosa del palacio; pero todas frente á Don Juan, siendo tantas, no son más que una: la mujer.

Y la mujer, que tiene cuerpos tan distintos, temperamentos tan diversos, gustos tan contrarios; la mujer, que se diferencia en tantas cosas, tiene algo igualmente patronímico: el corazón. Lo que todas las novias de Don Juan persiguen es el imperio de sus idealismos sobre aquella sensualidad tenaz. Para las novias de Don Juan el amor no es deleite, sino apostolado. No son autónomas, sino mandatarias, y su misión de amor no comienza hasta que se inician en el sacrificio. El compendio de estas fervientes evangélicas—Inés de Ulloa—pone todo su amor en que Don Juan sea justo y bueno. La prueba irrefutable de que este amor tiene todas las galas del alma, es que, tras la procesión gentil, no asoma el Desengaño su cansada é innoble faz. Engañadas, abandonadas una á una, tal fuerza de ilusión las defien-

de á todas, que ninguna reniega de su Don Juan. La maravilla de estos tipos, tan diferentes de apariencia y tan iguales en esencia todos, produce el mismo fresco encanto que esas deslumbradoras romerías donde, á pie y á caballo, en carretas y en automóviles, ágiles aldeanas de refajo y lánguidas duquesas de gran sombrero, suben la misma cuesta, bajo el mismo sol, con la misma santa ansiedad de su Lourdes.

Las novias de Don Juan, enfermas de ese mal divino, peregrinas del mismo santuario, forman la romería de la Ilusión. Y la primera de esta incomparable dinastía lírica es Clara, que en *La buena guarda*, de Lope, se nos ofrece como promártir del Amor.

La novia de *La buena guarda* tiene, en su esclarecido linaje poético, todos los elementos idealistas. Su paz conventual y su vida ingenua se reparten entre la celda y el jardín; es Ledía, acariciando al pajarillo, ó Teresa de Jesús, desmayada de misticismo ante el altar.

El hombre es un concepto abstracto para aquella mentalidad novicia; el coro, los maitines, las vísperas, han dejado en su oído las terribles

imprecaciones del *Dies Irae*, y en su alma los terrores del Psalterio. El amor es pecado; el hombre, Satán. A la idea de amor, tiembla su conturbado cuerpo; al pensar en el hombre, todo su espíritu se acongoja; y sobre el cuerpo y sobre el alma, la novicia, al salir del coro, lleva el terrible peso de la culpa.

Del claustro, que la ahoga, sale al jardín, donde respira. El jardín tiene umbrías solitarias, y en la acequia del surtidor están bebiendo las palomas. ¿Qué ha de hacer la paloma mística á la hora misteriosa del anochecer, blanca y triste bajo el naranjo en flor? Temblar, soñar, ¡llorar!

... El galán escaló ya el muro. En su jubón de príncipe luce la cruz de Santiago. Sus palabras no son satánicas, sino evangélicas. No habla de Infierno, sino de Paraíso. No es Lucifer, sino Don Juan. No el Pecado, sino el Amor. El hábito palpita; las albas tocas se estremecen. La oración divina es cortada por el más humano de los besos... Y cuando apunta el día, en el jardín conventual canta la alondra de Julieta...

CRISTÓBAL DE CASTRO



Antonia Plana, bella y admirable actriz del Teatro Cervantes, de Madrid, y feliz intérprete de Doña Inés en "Don Juan Tenorio"

FOT. KAULAK

UNA LÁGRIMA DE DON JUAN



*Tras de una noche sangrienta,
del alba á la luz escasa,
Don Juan medita y repasa
una idea turbulenta
que la conciencia le abrasa.*

*A través de su razón
ve su mocedad ignota
como un río de ilusión,
sobre cuyas aguas flota
un amado corazón.*

*¡Un corazón! Flor cortada
de la rama de un rosal
por una ráfaga airada
que al labrarle su aureola
fué invencible pregonero
á las ondas de cristal...*

*Junto á Don Juan, su escudero
limpia de sangre el acero
que al labrarle su aureola
fué invencible pregonero
de la altivez española.*

*Sobre la cinta bruñida
por un orfebre genial,
corre la mancha encendida
de la púrpura vertida
por un temido rival.*

*Un valeroso amador
que quiso medir su espada
con el galán seductor,
y en la reja bienamada
dejó la vida y su honor.*

*Huyendo de su pasado,
rompe el silencio Don Juan,
y el escudero taimado
contesta desenfadado
con picaresco ademán.*

*— Ciutti, quiebra la hoja impura
de esa espada toledana
que labró mi desventura.
— Y ¿qué haréis en la aventura
que os ha de salir mañana?*

*Reparad que va vendida,
sin espada, vuestra vida
y acechado vuestro honor.
— Siempre es espada vencida
si da fama y no da amor.*

*— ¿No se os dieron de verdad
cien doncellas amorosas?
— Fueron flores olorosas
que deshojé sin piedad
para cortar nuevas rosas.*

*En los góticos cristales
y en las altas celosías
clavé mis dardos mortales
y dije mis letanias
de flores y madrigales.*

*Mas mi historia de amador
venturoso, no se ufana
de haber cortado una flor
en la linde más galana
de los dominios de Amor.*

*Sólo una vez en la vida
sentí el imperio tirano
de una mujer conseguida,
y la abandoné, perdida,
bajo el cielo sevillano.*

*¿De qué me sirve la espada,
si no ha de calmar mi afán
en esta nueva alborada?
¡Bien se estará arrinconada
bajo el techo del despán!—*

*Así dijo el burlador;
y es fama que el nuevo día
le halló triste y sin color...
¡Por sus mejillas corría
una lágrima de amor!*

José MONTERO

DIBUJO DE MARÍN

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL
LA BASÍLICA DE TÁMARA

No acontece con Támara, pintoresco pueblecillo de la provincia de Palencia, donde se halla enclavado el importante monumento arqueológico á que dedicamos esta información, lo que con otros muchos lugares de la misma provincia, cuyo historial préstase á extensas consideraciones retrospectivas. En los anales históricos de este pueblecillo reducido y humilde, sólo un hecho se registra que valga la pena de ser relatado: la batalla que en su campo hubo de librarse en los comienzos de la oncenava centuria, y en la que pereció heroicamente el joven monarca D. Bermudo, último rey de León, quien, dejándose llevar de la temeridad y el arrojo que su juventud le prestaba, pagó con la existencia su bélica osadía.

Por lo demás, ni hubo magnates linajudos que hicieran objeto de su protección á Támara, ni soberano alguno dispensó su real favor á este humilde lugarejo, excepción hecha de un patronato que dicese ejercieron sobre este pueblo los Reyes Católicos y el emperador Carlos V, á pesar del cual no experimentó Támara mejora alguna, pues la hermosa basílica, objeto de esta información, y joya preciadísima del lugar y aun de la comarca, no fué construída ciertamente á expensas de tan augustos protectores, toda vez que el patronato ejercido por los citados monarcas es demasiado lejano para relacionarle con la construcción de la hermosa basílica, que data del siglo XIV.

Es, pues, indudable que la edifica-



Fachada principal y torre

ción de este notabilísimo monumento religioso, admirable por todos conceptos, se debe á la magnanimidad y fervor místico de algún poderoso creyente, algún desconocido, cuyo nombre permanece ignorado, y que hizo gala de su esplendidez costeano los no exiguos gastos que hubo de ocasionar la construcción de la hermosa basílica de Támara, que constituye uno de los más puros ejemplares del arte gótico en el siglo XIV y cuyas proporciones, verdaderamente considerables y grandiosas, nos desconciertan un poco respecto al motivo de su construcción. En efecto, no es presumible que templo de tan singular amplitud y magnificencia, fuese edificado para cubrir las necesidades parroquiales de un pueblo de tan escasa importancia como Támara, y, por otra parte, tampoco es dable suponer que fuese elevado para conmemorar hecho histórico alguno, toda vez que, como decimos antes, en los áridos terrenos de Támara no se registró ningún acontecimiento extraordinario digno de conmemoración.

No falta tampoco quien atribuya la edificación de la basílica de Támara al supuesto patronato que sobre este pueblo ejercieron los Reyes Católicos y Carlos V, y al que en párrafos anteriores aludimos; pero este aserto es gratuito en absoluto, toda vez que, como decimos, la fecha de este patronato es harto remota para relacionarle con la edificación del templo.

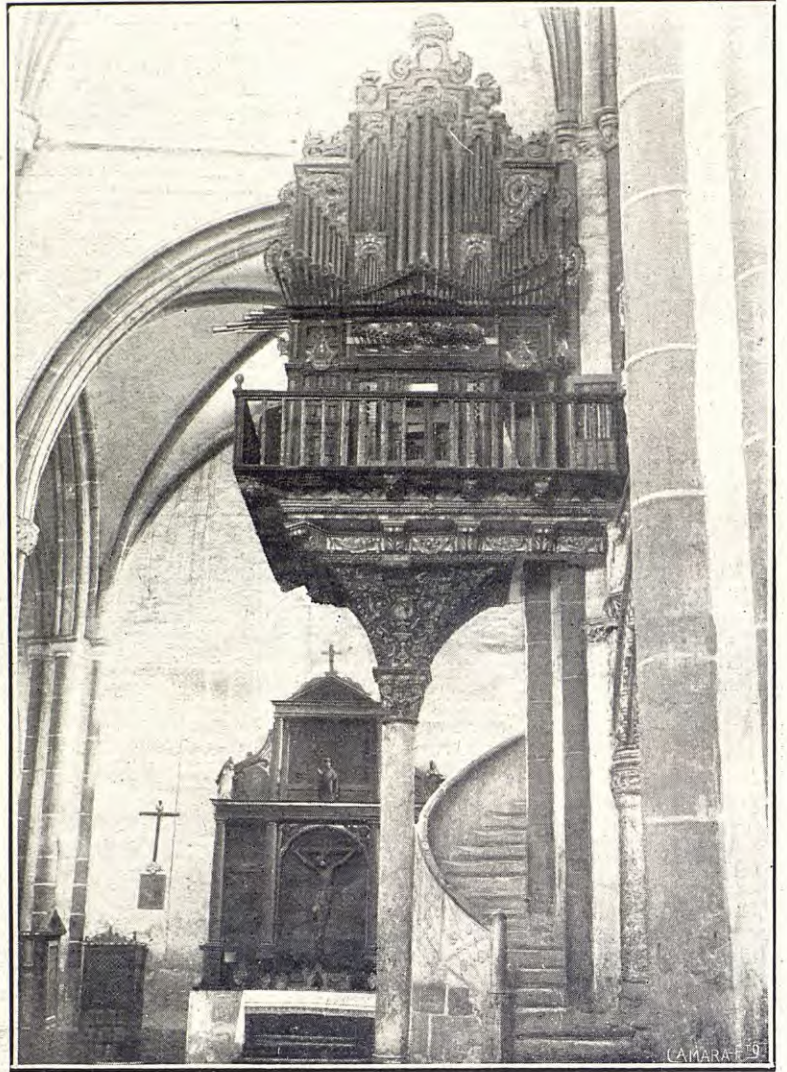
Sea cualesquiera la causa que motivó la construcción de este soberbio monumento religioso, merece las ala-



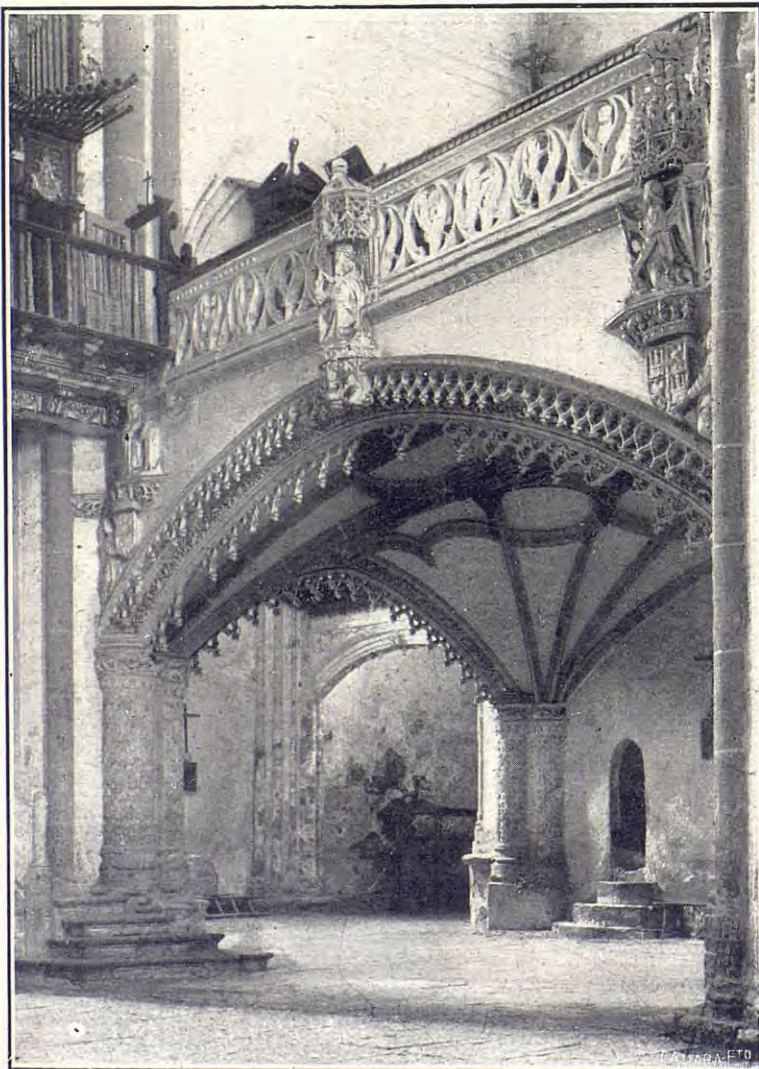
Grupo absidal



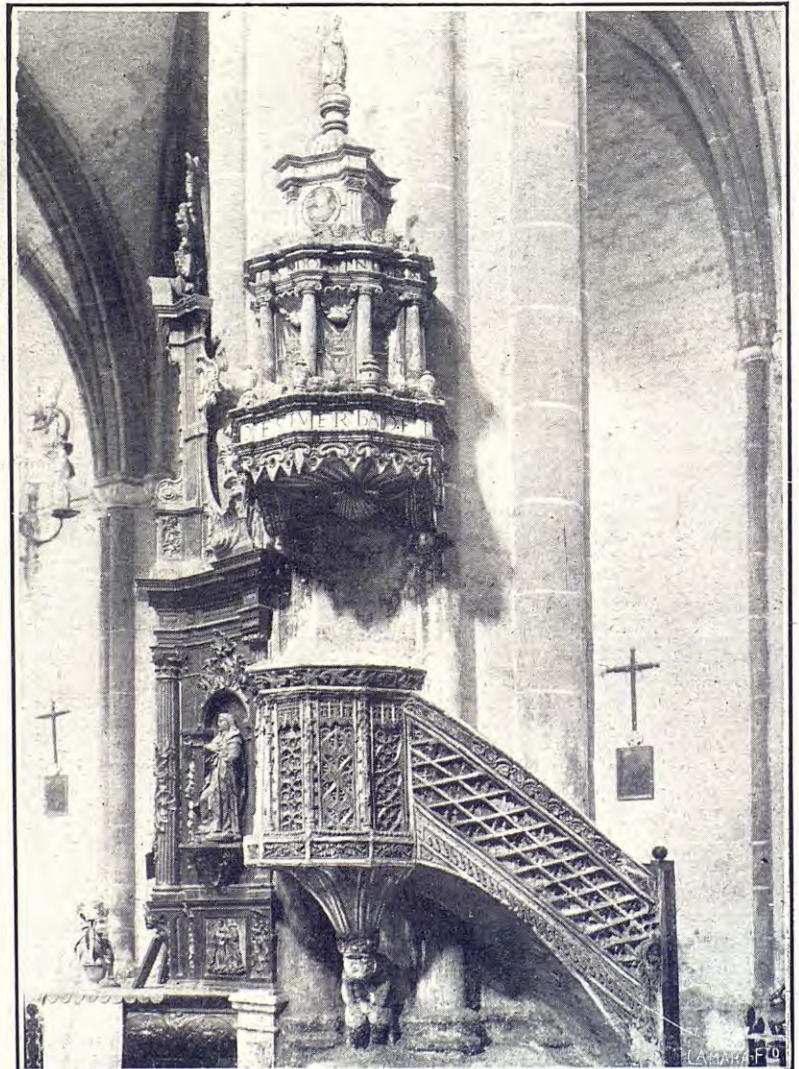
Nave principal



El órgano



El coro



Púlpito gótico



Una de las pilas de agua bendita



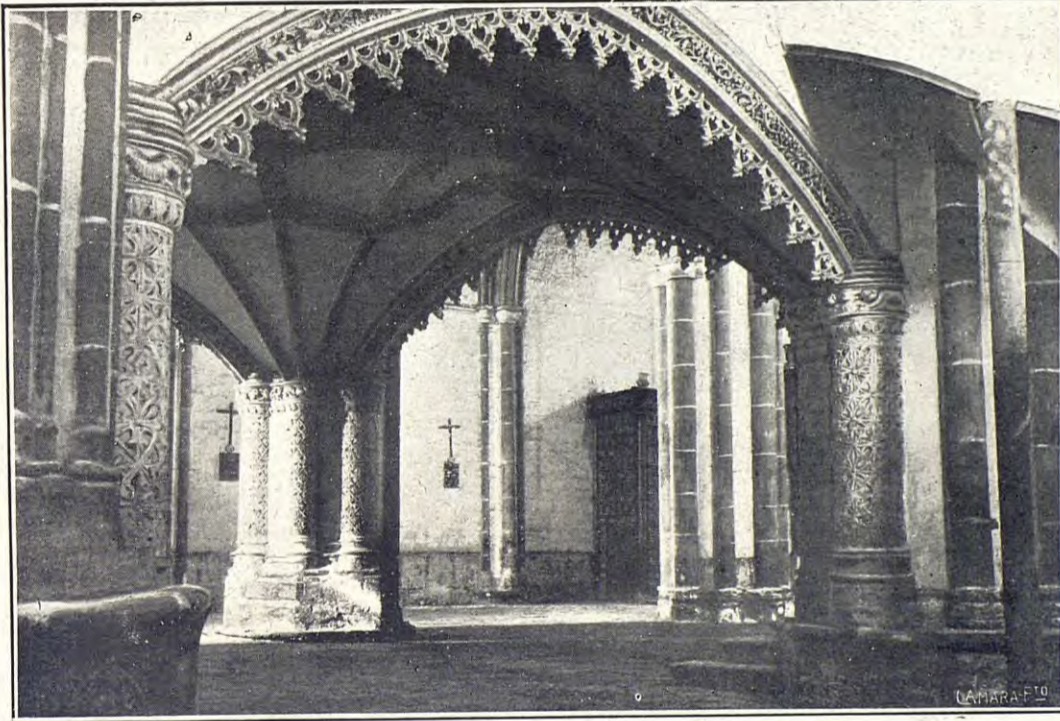
Puerta del coro, del más puro estilo gótico



Otra pila de agua bendita

banzas de los verdaderos amantes del arte y la belleza, toda vez que, gracias á ese ignorado motivo, cuenta España con un hermoso templo cuyo mérito é interés artísticos son verdaderamente extraordinarios.

Con la riqueza y suntuosidad de los detalles, compiten en este templo la magnitud y la pureza de estilo, contribuyendo á su mayor grandiosidad las naves anchurosas y de afiligranadas esculturas; las pilas bautismales primorosamente labradas; los espléndidos viriles de enorme valor material; las admirables miniaturas de su inexplorado y nutridísimo archivo; los ropajes verdaderamente magníficos cuyo bordado tiene un valor inestimable, y otras mil particularidades que forman un



Bóveda del coro

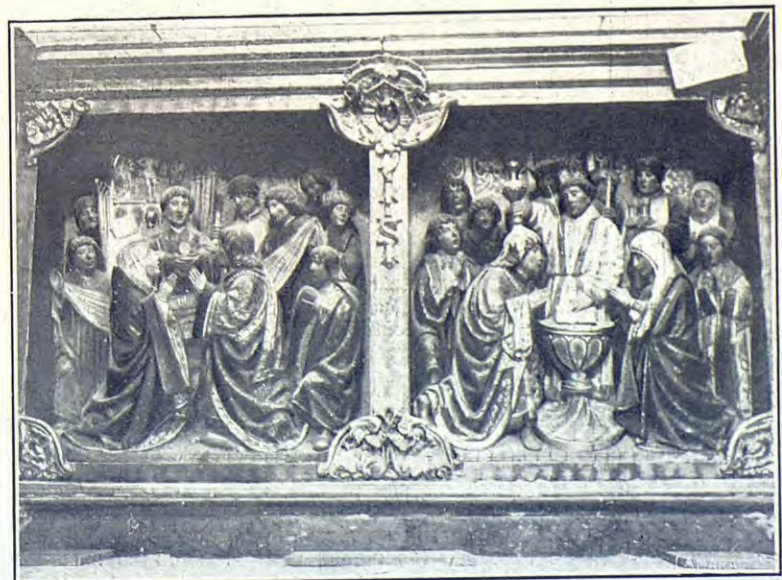
FOTS. LUIS R. ALONSO

L. G.

sugestivo conjunto, fácilmente apreciable en las soberbias fotografías que ilustran este breve artículo, y que han sido obtenidas por D. Luis R. Alonso, colaborador estimadísimo de esta revista y notabilísimo artista fotográfico, que desde hace algún tiempo y por su propia iniciativa, exento en absoluto de la más pequeña é insignificante protección oficial, viene realizando una importante y meritoria labor de cultura con la reproducción fotográfica de todos los numerosos monumentos que existen en la provincia de Palencia, muchos de los cuales hemos dado á conocer en estas mismas páginas, y cuya labor ampliará más tarde, haciéndola extensiva á todos los de España.



Pila de agua bautismal, cuyas esculturas son verdaderamente notables



Relieve de un retablo en una de las capillas de la nave del Evangelio

LA CIUDAD IGNORADA



HERMANA de esa suave quietud de paz que llena y acuna el espíritu cuando en un crepúsculo se pasan distraídas e incompletas las páginas de un libro de versos, es el encanto infinito de vagar por una ciudad desconocida.

Nada tan confortador, tan de confianza en nuestro yo, como esas andanzas, ese dejarse ir á la ventura por las calles ignoradas, descubriéndolas, sazonando con el autocomentario silencioso todas las sorpresas, las sorpresas gratas, las amargas sorpresas, que toda ciudad nueva guarda para el viajero y el trotamundos.

Fijaos en esa señorial hurañez que tienen siempre las pupilas de un trotamundos, altivas y bondadosas á fuerza de contemplar los horizontes nuevos y á fuerza de cerrar sus párpados bajo distintas y extrañas noches.

Al llegar á una ciudad ignorada se siente la sensación nupcial de tener en las manos una nueva esposa con sus pudores y sus sedas virginales para, poco á poco, ir la despojando de unos y otras en ese momento divino é inolvidable que debía eternizarse deteniendo al tiempo.

Se rechazan las oficiosidades expertas, molesta la charlatanería de los *cicerones*, se huye de la jactanciosa indiferencia de los guías, y solos, con una anticipada voluptuosidad, entramos á las calles que no sabemos dónde terminan ni dónde empiezan; ponemos decidido empeño en perdernos, y es de ver cómo suena á más sonora dulzura de canción el río que se asoma inesperadamente al final de una calleja imaginada sin salida, ó cómo se imponen con pétreo ritmo romanesco secular los muros de la catedral, que surgen como un recuerdo detrás de la frívola modernidad de los cafés con mesas y *cocktails* al aire libre.

Así se aprende á amar á las ciudades, sorprendiéndolas, cruzándose en inocente desafío nuestras miradas curiosas con las curiosas miradas de las buenas mujeres que se asoman á las puertas con las manos cruzadas sobre el vientre y una sonrisa en los labios; con las miradas de los chicuelos que dejan de jugar sobre el barro ó de revolcarse entre el polvo para vernos pasar; con esos cuchicheos, que quieren ser discretos y son

encantadores, de los mozos que han de heredar aquellas fábricas de más allá del río ó estos comercios céntricos.

Poco á poco, gracias á nosotros mismos—y no me negaréis que es un orgullo más santo que ningún otro orgullo ó que una simple vanidad—, vamos aprendiendo dónde están los lugares ubérrimos y floridos donde soñar con el amor y con el arte; las calles cotidianas por donde, al cabo de unos días, ya no excitaremos la curiosidad al pasar; sabremos en qué tienda nos esperan los periódicos de nuestra tierra lejana; en qué tienda hay esas cosas típicas, adorables, que fijan el alma de un pueblo y son sello de una raza: esas cosas que, llevadas luego á nuestro hogar, evocarán, cierta tarde de lluvia y de nostalgia, el encanto de haberlas descubierto y de haberlas visto sobre cuerpos de mujer, en manos de hombre, y como adornos de otro hogar que durante algún tiempo nos fué hospitalario.

José FRANCÉS

DIBUJO DE IGNACIO ZULOAGA

LA ESCULTURA CONTEMPORANEA

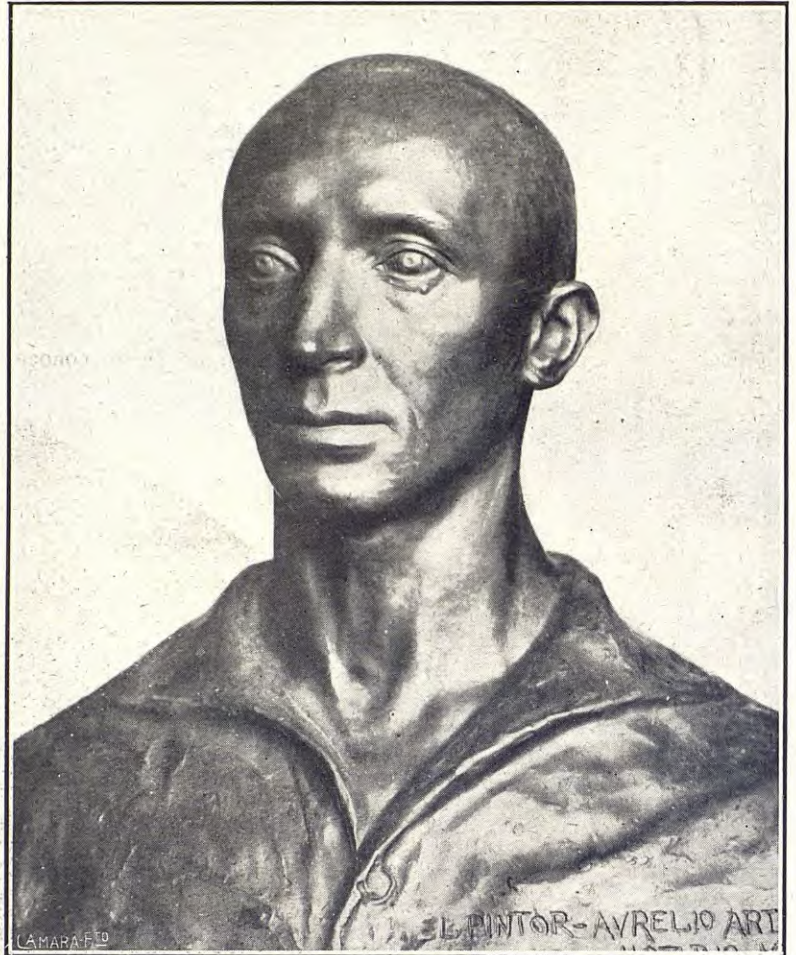


PARTE CENTRAL DEL MONUMENTO FUNERARIO AL DOCTOR LLORENTE, RECIEN INAUGURADO EN EL CEMENTERIO DE SAN JUSTO, Y OBRA DEL ILUSTRE ESCULTOR VICTORIO MACHO

ARTISTAS CONTEMPORANEOS
VICTORIO MACHO



"Danielillo" (bronce)



"El pintor Arteta" (cera)

(Esculturas originales de Victorio Macho)

ELocuencia grave, sonora, de oquedosas profundidades, se desprende de las obras de Victorio Macho. Dentro de ellas, como una primordial materia que se uniese al bronce, al mármol o á la madera para eternizar líneas y pasiones, hay un pródigo derrame de la sensibilidad.

Son ejemplos humanos que nos contemplan exigiendo el doble cautiverio de la mirada y del pensamiento.

Su realismo está hincado en nobles conceptos, sólidamente. Corresponden, por último, á inmutables caracteres de tradición y de raza.

Esta consciente obstinación en un credo estético elegido voluntariamente; este insaciable deseo, casi feroz, de perseverancia en la personalidad, primero espontánea y luego preconcebida, es lo que justifica nuestro optimismo frente á la moderna escultura española.

Nunca, y mucho menos en ese período, lamentabilísimo, que ha envilecido á toda España con hórridos monumentos á fines del siglo XIX, se ha podido sentir ese optimismo. Hay un grupo de escultores jóvenes á quienes se debe ya algo más que aurales promesas renacentistas.

Sometidos los unos á la sanción de las Exposiciones Nacionales, desdeñosamente apartados de ella los



"Autorretrato de Victorio Macho" (dibujo al lápiz)

otros, van todos realizando su labor sin detenerse en plazas y jardines públicos, porque su norte es más lejano y está más alto.

Victorio Macho pertenece al limitado número de los que no se cuidan de medallas ni de diplomas. No se hace constar el hecho como elogio, ni mucho menos en sentido de censura. Es el caso de Julio Antonio también. Demuestra que no significa nada el alejarse de las Exposiciones en el retraso del triunfo. Ni tampoco la gloria acuñada ó firmada en el Ministerio de Instrucción pública puede perjudicar al verdadero artista.

Victorio Macho ha preferido formarse lentamente, como una silenciosa ofrenda de su adolescencia y de su juventud á la belleza.

Nacido en Palencia el año 1887, fué pensionado por la Diputación de su ciudad natal para estudiar algún tiempo en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando. Ignoramos sus maestros de la Escuela; no sabemos si frecuentó el Casón ni tampoco si, hojeando revistas extranjeras en la Biblioteca del Círculo de Bellas Artes, sintió la comezón de torturar su estilo con las nórdicas tendencias escultóricas hoy en boga.

Pero si así fué, resbala-



"Niña vasca" (madera)

á las clases de San Fernando ó formando parte de los pensionados de esa inútil Academia de Roma.

Es preciso haber convivido con ellos en su propio ambiente; recorrer pueblos y campiñas, acuciado de una infinita sed de la vida palpitante, ruda y libre. Y cuando llegue el momento de resumir el vario espectáculo, no renegar del precursor, del maestro que dejara en sus tallas incomparables el canon de la verdadera escultura española, porque habla con el doble acento místico y caballeresco de nuestro romancero.

No sugieren, por lo tanto, las obras de Macho—el artista del simbólico apellido—ninguna sensación de muelle voluptuosidad, de enfermedad decadencia, de lánguido refinamiento. Las mismas cabezas femeninas de sus mármoles ó de sus portentosos dibujos, son austeras; no inquietan de paganía; hablan con el sereno acento de futuras esposas que contienen el troquel de una raza sana y altiva.

Como á su encauzador estético, el maestro de Paredes de Nava, quisiéramos ver á este palentino que ha sabido comprender toda la enérgica belleza del tipo castellano, arrancar á la madera por hábiles cortes de gubia los trazos fisonómicos de los hombres del llano, de la montaña y del mar...

Sin que por ello hubiera de desdenar el bronce, donde ha logrado crear este *Tuerto de Béjar*, que representa un valor absoluto en la moderna estatuaría española. Ni tampoco el mármol, ya que en már-



"El alcalde de Teso Augusto"
(dibujo al lápiz)

ron sobre su espíritu y su técnica sin dejar huella las posibles influencias. En cambio, sí se puede afirmar que ha influido en él Alonso de Berruete, y que no ha pedido inútilmente á la España del Norte y de la meseta central, inspiración.

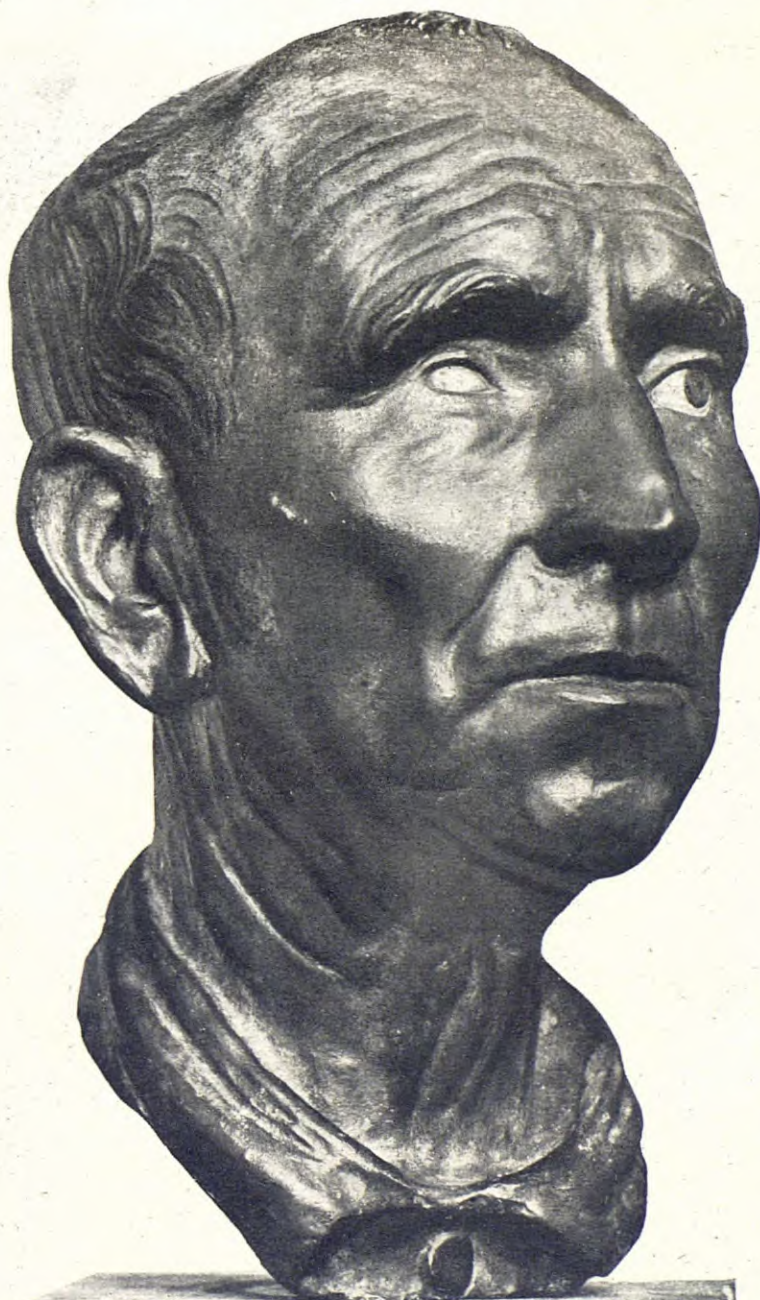
Así tiene su arte este bravo hálito de humanidad. Así sus facies de campesinos castellanos, de marineros vascos, de pescadores montañeses, transmiten la impresión cálida de la vida y expresan sus rasgos las diversas idiosincrasias regionales.

Tal vez sea el verdadero escultor netamente español, el intérprete del alma nacional á través de los tipos característicos y modelados de un modo recio y sobrio que no acusa italianismos de ayer ni reminiscencias de hoy.

Veríamos sus obras en una Exposición internacional, sin títulos, sin nombre de autor, y adivinaríamos en seguida que eran de un español y que españolas figuras reproducían con una inconfundible veracidad.

Los hombres cetrinos, angulosos, de gestos lentos, parca sonrisa y fulgurante mirada que atraviesan las áridas estepas castellanas; los mozos membrudos, con el pecho atlético y la cabeza un poco pequeña, donde los ojos conservan infantil candor, que surcan á fuerza de remos el cántabro mar de las trágicas asechanzas; las virginales siluetas de las doncellas del agro, con su perfil de medalla y su expresión casta; los pícaros de carretera y de novela de aventuras que cruzan los pueblos; los arrieros ó mendigos, ó de harapientos juglares que saben romances patibularios y cuentos obscenos.

Todo esto no puede conocerse encerrado en un estudio, asistiendo



"El tuerto de Béjar" (bronce)
(Esculturas originales de Victorio Macho)



"Marinero vasco" (bronce)

mol acaba de realizar su última obra: el mausoleo al doctor Llorente, que se halla colocado en el cementerio de San Justo. Se totaliza esta obra en los sucesivos aciertos de composición, alegórico simbolismo y ejecución. La realidad y el misterio se alían de tal manera, que completan la armoniosa eutimia del conjunto. La vida, que empieza á ser dominada por la muerte bajo la presencia casi inmaterial del ensueño, está expresada por el cuerpo de un moribundo.

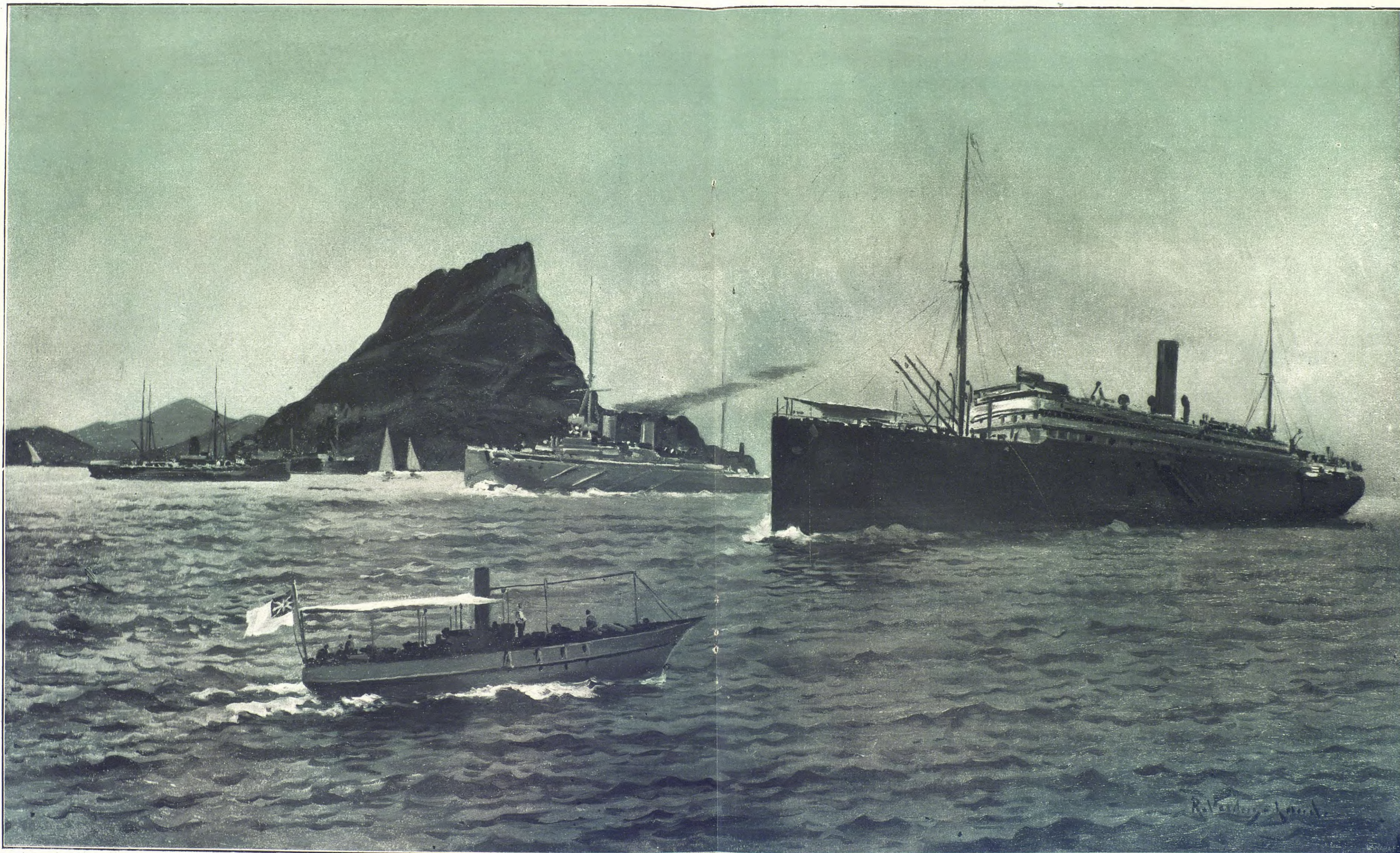
¡Con qué expertísimo conocimiento anatómico ha reproducido el artista el momento de la suprema laxitud, de la inercia creciente en un cuerpo que el alma se dispone á abandonar! La muerte le sujeta por el pecho; sus dedos esqueléticos enfrían el corazón, oprimen los pulmones en su fatal propósito de paralizar latidos y negarles aire. Sólo estos mondos dedos, posados en el torso del moribundo, tienen corpórea realidad. Detrás hay una vaga, imprecisa silueta que recuerda los enigmáticos encapuchados de la tumba de Felipe Pot. Y al lado de este grupo, el más allá, simbolizado por un manecbo desnudo—cuyas formas apenas se destacan del fondo y cuyo rostro queda como perdido en el cielo—, contempla el vulgar drama y espera el instante de intervenir.

Sobre esta composición pesa un soplo miguelangelesco. Y, sin embargo, también esta benéfica y laudable reminiscencia ratifica la filiación estética de Victorio Macho.

SILVIO LAGO

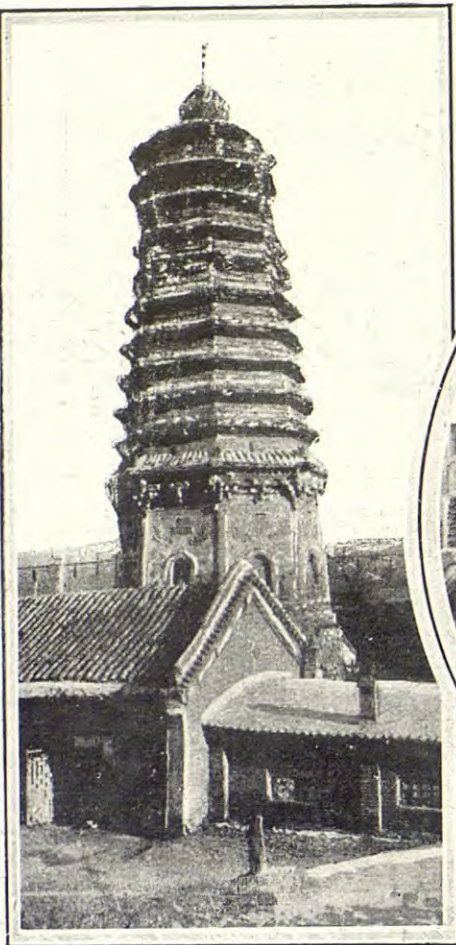


"El hombre de madera"
(dibujo al lápiz)

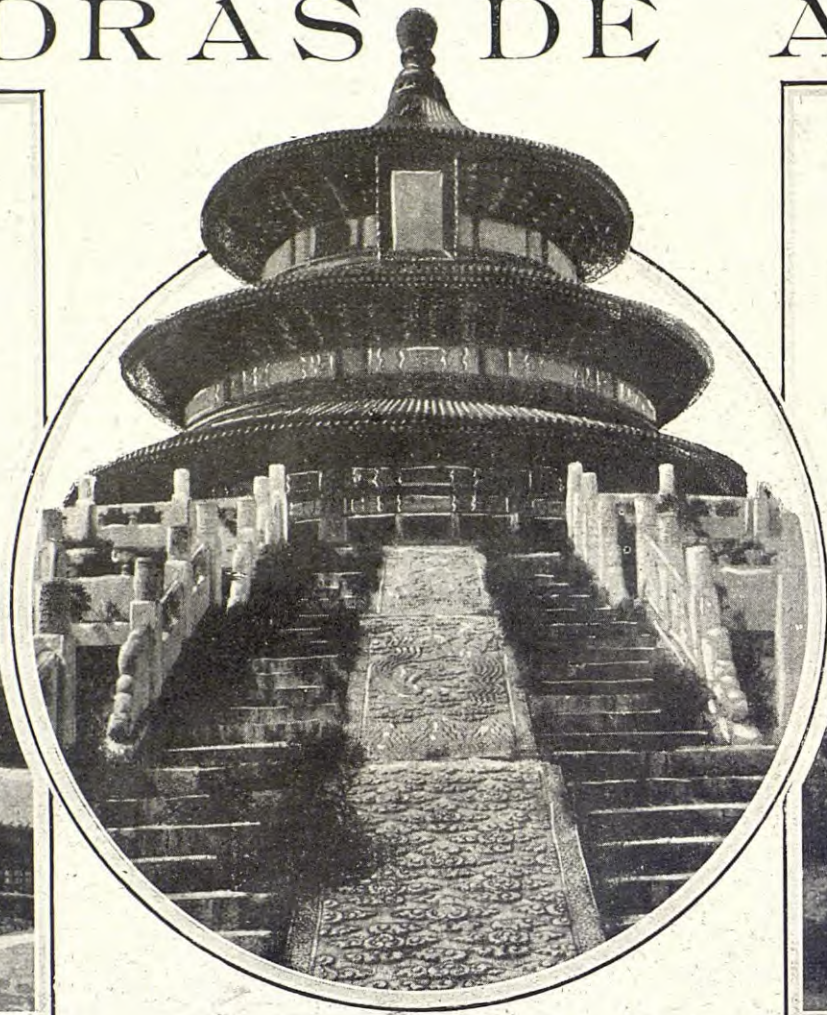


El trasatlántico español "Reina Victoria Eugenia" ante la bahía de Gibraltar, á donde fué conducido por el crucero británico "Atafia", con objeto de efectuar en él un registro por figurar entre el pasaje la célebre cantante rumana Elena Teodorini, complicada, según parece, en el asunto Bofo-Pachá, y la cual fué detenida más tarde por otro crucero francés cuando nuestro barco, de regreso de Gibraltar, se disponía á entrar en el puerto de Cádiz Dibujo de R. Verdugo Landi

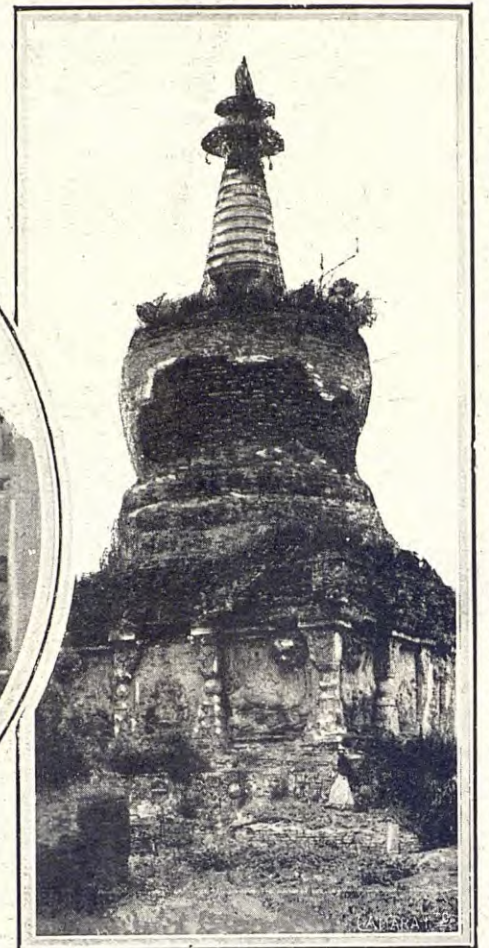
PIEDRAS DE ASIA



"Torre de la Llama", en Mukden, de más de dos mil años de antigüedad, bien conservada y utilizándose diariamente. Edificada durante la primera dinastía Mandeluc



Templo de Pekín, construído en mármol, con incrustaciones de maderas de colores. Los techos de este antiquísimo edificio, viejo de muchos siglos, presentan hoy un aspecto más brillante que el día en que se construyeron



Otra torre de la "Llama", en Mukden, cuya base data de varios siglos de antigüedad. Constituye una de las más interesantes muestras de la arquitectura china

FRENTE á las pirámides y á las ruinas de los templos egipcios, pueden calcular los arqueólogos los años que han transcurrido desde que aquellas piedras se alzaron triunfadoras; todavía en las soledades desoladas donde se esparcen los restos casi pulverizados de las ciudades legendarias, de cuyas grandezas salvó memoria la tradición uniéndolas á la Mitología y á las Sagradas Escrituras, pueden los eruditos calcular fechas aproximadas de su existencia. Así, de Babilonia y Ninive llegamos á tener noticias que, si no son ciertas, son verídicas. Pero de estas piedras que vamos encontrando en Asia, no ya en ruinas, sino en monumentos que parecen haber hecho pacto con la eternidad, ¿quién podrá señalar la fecha exacta en que fueron construídos?

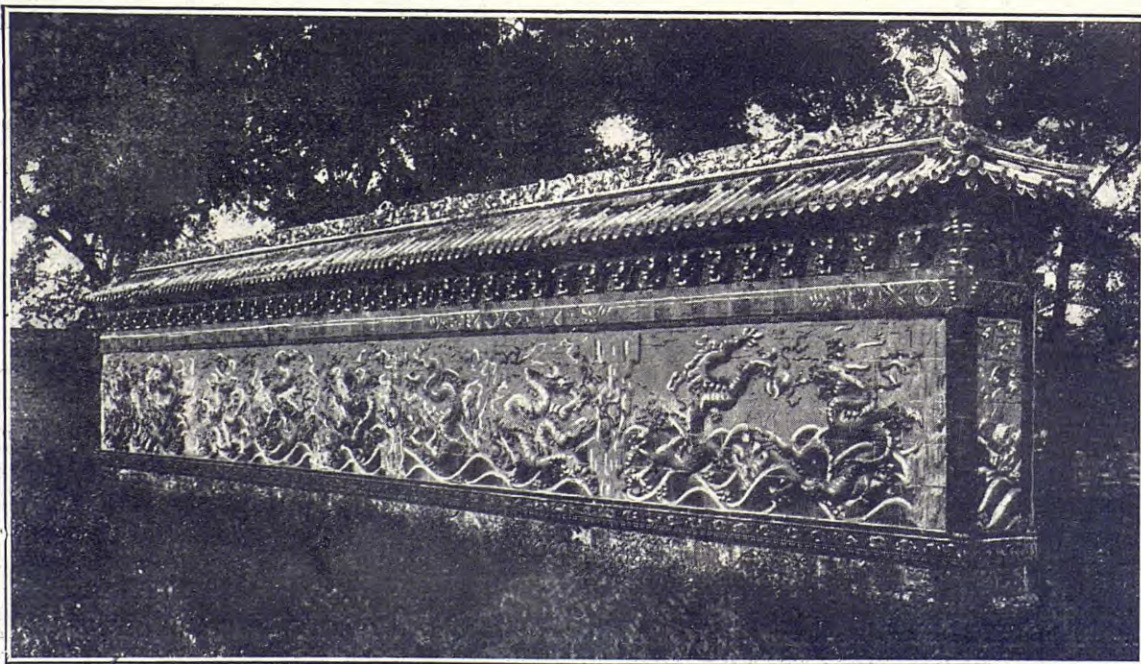
Si buscáis su origen en la tradición china, os encontraréis con que, según cálculos de historiadores que parecen muy autorizados, hay una fecha en la Cronología china que sirve de punto de partida: la de la fundación de la Monarquía por Fo-Hi. Corresponde esa fecha á una remotísima de la civilización occidental: á la del 3468 años antes de Jesucristo. Pero todavía la civilización china se remonta mucho más atrás, á la friolera de 30.000 y pico de años anteriores al reinado de Fo-Hi. No parece absurda esa cronología si se advierte que, contra la

tradicón hebrea que acumula los primeros sucesos que recuerda la Humanidad, existe en Occidente la Cronología Samaritana, llamada la versión de los Setenta, que colocan al diluvio mucho más atrás del cálculo hebreo.

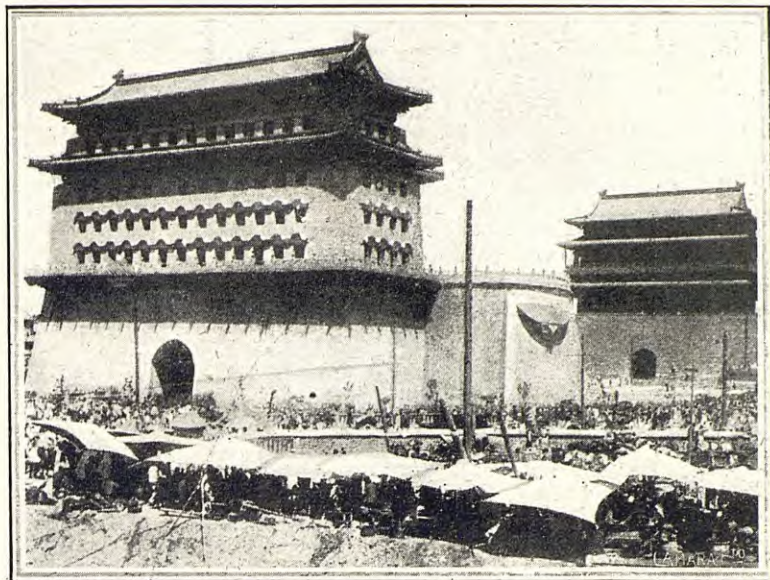
Para darse idea de esta vetustez basta considerar que Confucio aparece en China, cuando ya decaía una muy antigua civilización y... Confucio es coetáneo de Pitágoras. Sólo en estas organizaciones remotas se concibe que se puedan emprender obras como la muralla de 1.700 kilómetros con que el inmenso Imperio se aisló del resto del mundo desde sabe Dios qué fecha. Sin llegar á la grandeza de la muralla, es inconcebible también que hoy pudiera construirse un mo-

numento como las tumbas de la dinastía de los Ming. ¡Bien duermen aquellos emperadores! La colosal tortuga de mármol que guarda la Puerta Roja; la vía de las estatuas con sus colosales parejas de mandarines y guerreros, de elefantes y de camellos, de leones y de caballos; la serie de puentes y de arcos; las cuatro columnas donde se enroscan furiosos los dragones; las puertas, las escaleras, las terrazas, las balaustradas innumerables, cuanto se reconoce antes de llegar á las trece tumbas, han necesitado el trabajo de millares de hombres, que apenas costara más dinero que el de los míseros granos de arroz que los sustentaran.

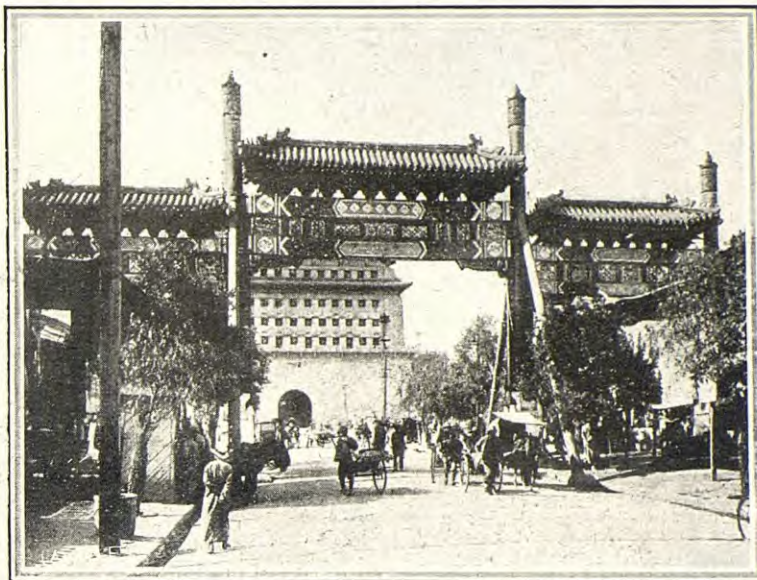
Tampoco hubiesen podido hacerse estas obras admirables si China no poseyera los más bellos mármoles que puede imaginar la fantasía. Allí, el mármol no sólo tiene colores y dibujos, sino que llega á poseer sonoridades. Casi todos los dioses de las pagodas están esculpidos en un mármol negro, casi translúcido y que vibra argentinamente, como la plata y el cristal. Allí se multiplican en infinitas variedades el lapislázuli, el jaspé, el cristal de roca, el jade, el imán, el granito, el pórfido y el espatio diamantino, y allí se encuentran en abundancia asombrosa los componentes de la admirable porcelana; el feldespato laminar blanquizco, el feldespato argili-



Murala del Dragón, de la ciudad y construída hace varias centurias, pero en la que persisten sus maravillosos colores. Está custodiada por los espíritus malignos



Gran Puerta del Agua, en Pekín, por la cual entraron las tropas norteamericanas, cuando la insurrección boxer. Es uno de los monumentos más característicos de la ciudad imperial

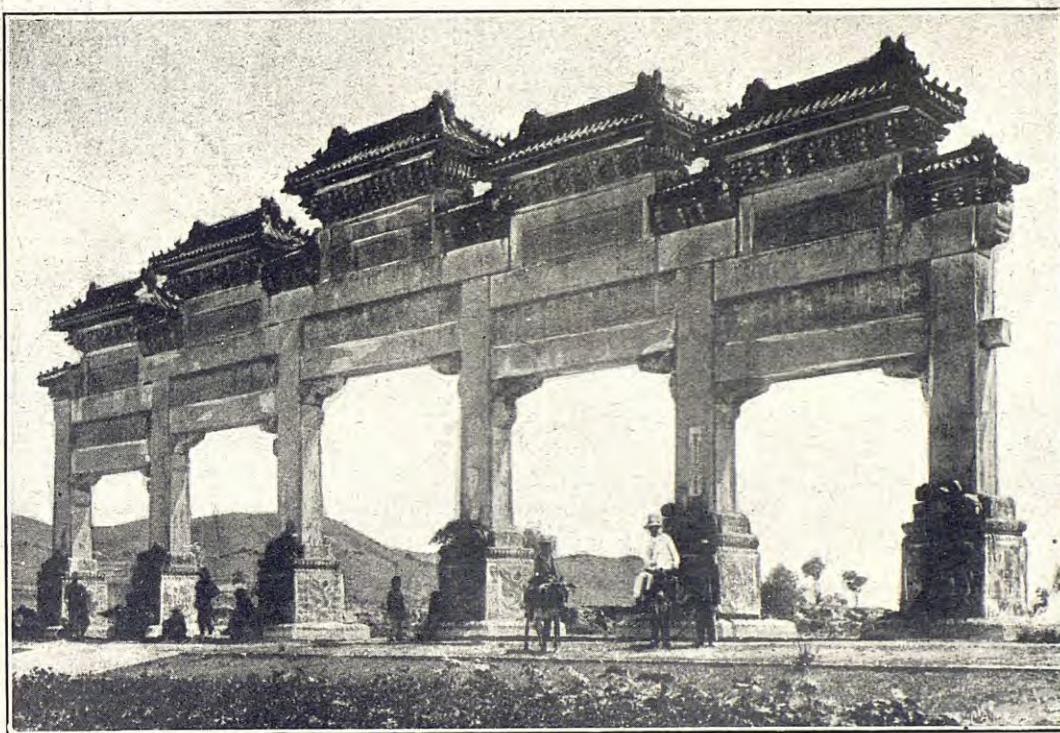


Exterior del pilar ornamental de la Puerta del Agua, en donde se puede observar el constante tráfico. Los alambres de la luz eléctrica y del teléfono forman un contraste curioso con la antigüedad de las inscripciones

forme y el barita sulfatado.

Con estos elementos; con una mano de obra que continúa siendo la más barata del mundo; con un régimen político en el que todavía no hay propiedad privada frente al capricho del poder público, y con el refinamiento pacientísimo de un arte original a través de infinitas generaciones, se concibe cómo Asia ha podido labrar estas piedras veneradas, de tal solidez que los siglos pasan sobre ellas sin destruirlas.

Claro es que China, a pesar de las invasiones y de las guerras civiles, apenas ha padecido los daños de las contiendas bélicas, como los países de su Occidente. Muchos de estos monumentos que encontramos en Pekín, en Mukden, en Nankín y otras ciudades, son mucho más antiguos

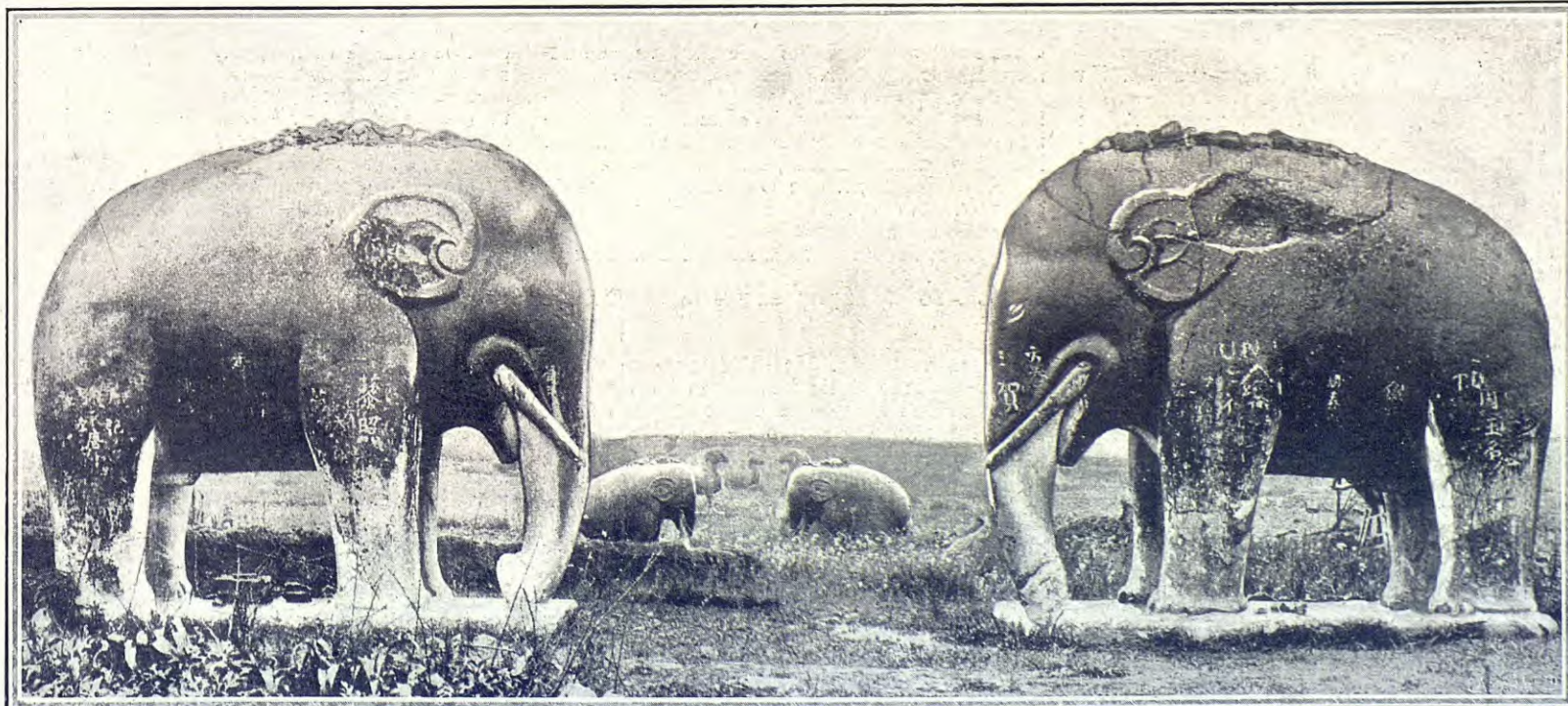


Puerta de acceso al cementerio imperial. Los mármoles de mayor belleza han rivalizado en su construcción, a semejanza de la torre de Pisa, en Italia. Cada una de las columnas está primorosamente tallada con bajo-relevos

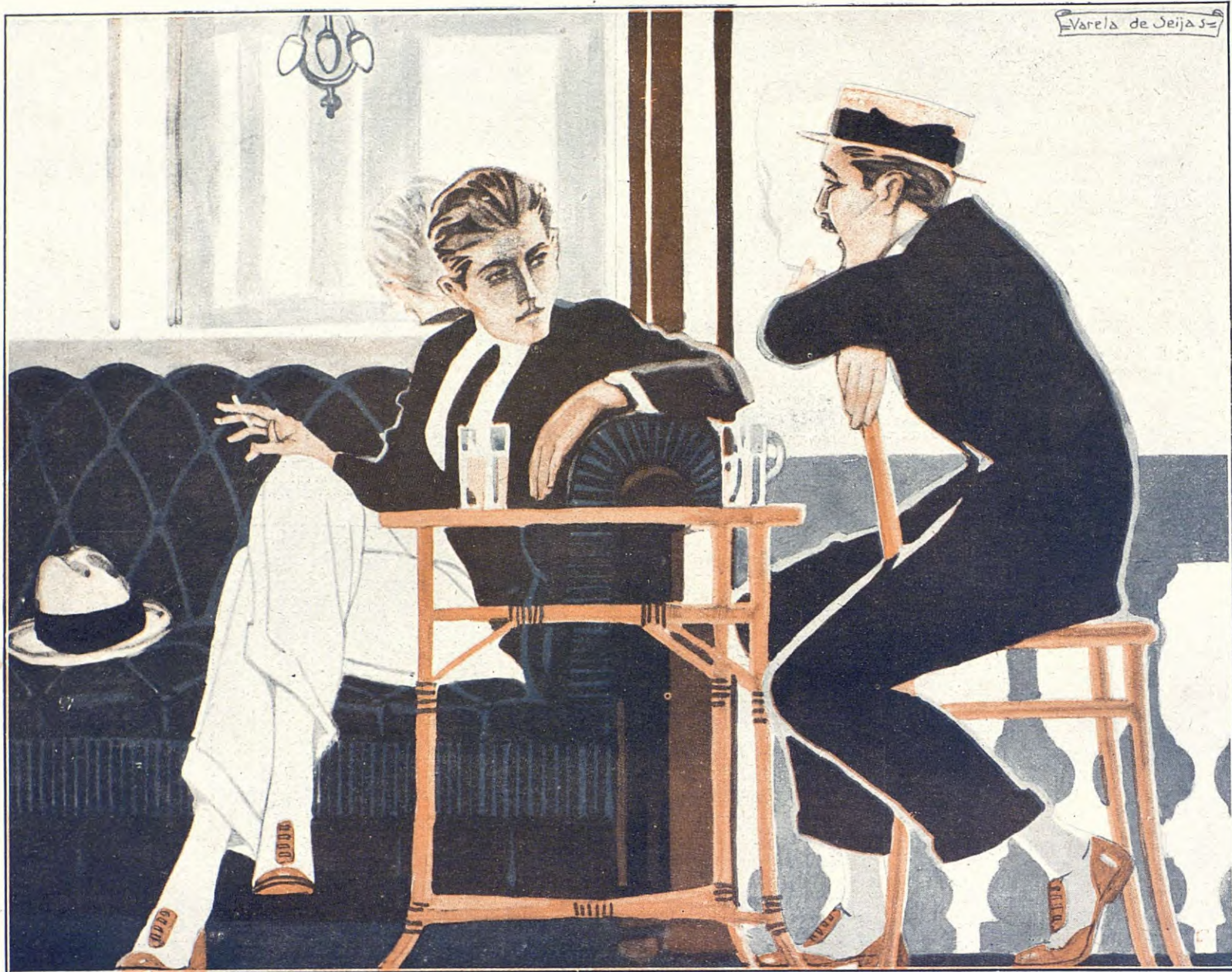
que el templo de Salomón, que el Coloso de Rodas, que la Acrópolis de Atenas, y se conservan intactos como si acabara de alzarlos la mano del hombre.

Tienen estos monumentos, en su perennidad, algo de simbólicos; hasta hace pocos años, parecía que al pie de las grandes obras de las civilizaciones pasadas, la raza china se degradaba y envilecía; pero bien pronto se ha iniciado una restauración de las ambiciones de un pueblo que parecía dormido. Espoleado por las mismas codicias europeas, sirviendo a los complicados proyectos de naciones como los Estados Unidos, China despierta, China renace. Como las piedras que alzó su Arte, esta raza parece haber hecho pacto con la eternidad.

AMADEO DE CASTRO



Via que conduce a las tumbas de la dinastía de los Ming, y las que son muy visitadas, por creer que son milagrosas



CUENTOS DE "LA ESFERA"
ERA "ELLA"

DE conquista?

Y Mariano del Olmo echa el brazo por el hombro á Gonzalo Guzmán. Este, volviéndose:

—¡Caramba, Marianito! Celebro verte... Un siglo hacia que no te echaba la vista encima. De conquista dices... ¡Psch! Pasando revista... Esta calle de Alcalá no está nunca sin mujeres bonitas..., y si algo sale, ¡je!, pues se aprovecha. ¿Y tú, querido?

—A tomarme iba un bock al Círculo. ¿Quieres venir?

—¡Encantado!

Momentos después ambos amigos consumen sendos vasos de cerveza rubia ante una breve mesita; Gonzalo casi echado en el diván, Mariano sentado en una silla. Cerca de ellos se abre una ventana sobre la calle. Esta hierve en muchedumbre en la hora sonora del crepúsculo.

—Conque pasando revista... Chico, este Madrid yo no sé qué tiene que cada día hay más mujeres guapas.

—Y que lo digas. Hay días en que es imposible andar por la calle; le marea á uno tanta cara bonita; todo se vuelve cuerpos armoniosos y piecitos impecables, que le hacen pensar á uno en todo menos en el matrimonio.

—¡Bravo! ¿Tampoco tú piensas casarte, Gonzalito?

—No es propósito, querido, no es propósito; es que no puedo casarme. Porque dime: ¿con quién me caso yo? Ese es el problema. ¿Con quién me entusiasman, y no hay manera de elegir. Si yo me casase, creo que sería hacer una traición al res-

to de las mujeres..., y las quiero tanto, que yo no hago eso, yo no las juego esa mala pasada.

—Es verdad, chico; cuesta trabajo eso de decidirse por una. Cuantos más años va uno teniendo, más difícil es. Al menos, para mí.

—Pero por otro estilo. Vosotros los sentimentales, los soñadores, os pasáis la vida buscando una mujer, que no existe, para casaros con ella. Nosotros, más prácticos, nos pasamos la vida buscando mujeres... que encontramos, para no casarnos con ellas. Lo que quiere decir que vosotros os aburrís mientras nosotros nos divertimos:

—Quién sabe, Gonzalito. Acaso me divierta yo más que tú.

—¡Ca! Yo soy la persona que más se divierte en Madrid.

—Te felicito.

—Puedes creerlo. Me divierto como nadie. Tengo dedicado el día y la noche á divertirme. Digo con Don Juan, mi maestro: «Tiempo libre, bolsa llena...» Y callo lo de «buenas mozas» porque eso es cuenta mía. Esas «buenas mozas» de que habla el poeta son el principio y fin de mi programa. ¡Je! ¿Y tú, cultivas mucho á «Fémina»?

—Te diré... Hay tan pocas mujeres interesantes... Cuando la aventura vale la pena...

—¡Bah, bah! Ya veo que no haces nada. ¡Aventuras! Eso son paparruchas, ganas de pasar el tiempo.

—No lo creas; eso es precisamente la salsa de todo: la aventura. ¿Hay algo más agradable que la aventura? La aventura es el perfume del amor. La aventura, con su poquitín de misterio, hace á la mujer más atractiva y al amor más sa-

broso. ¡Hay un encanto tan grande en no saber, en presentir, en adivinar! En amor yo soy partidario del misterio. Creo que la principal atracción de la mujer reside precisamente en el misterio que la envuelve como un aroma... Es tan agradable pensar: «¿Qué hay detras de esa frente querida, orlada de bucles de seda; qué pensamientos viven en ella? ¿Qué divinas cosas duermen en el corazón de la mujer que amamos?» ¿Y el encanto de la cita? Saber que va á venir una mujer al conjuro de nuestro amor, una mujer de la que acaso no sabemos nada exactamente, á la que acaso no hemos visto más que unos instantes. Y todo en nosotros son preguntas, impaciencia, esperanza... ¿Es rubia? ¿De qué color tiene los ojos? ¿Me querrá mucho? ¿Me hará feliz?

Gonzalito, riendo:

—¡Muy bonito! Como de poeta, de lo que eres. Pero yo prefiero hacerme otra clase de preguntas: «¿Dónde vive esa morena? ¿A qué hora podré verla? Su papá, ¿será muy bruto?» Y tras estas preguntas, me entero de dónde vive, soborno á la portera con dos pesetas y acabo por hablar con la morena, ¡y mundo adelante! Es el mejor sistema, chico. ¡Déjame á mí de misterios! Las cosas claras, muy claras...

Mariano, con sonrisa indulgente:

—Porque no sabes sacar el gusto á las cosas. La mujer en sí ofrece tan escasas variantes, que es necesario adornarla con un poco de poesía, créeme. ¡Si yo te dijera que de todos mis amores, los que casi no llegaron á serlo son los que me dejaron mejor impresión! Más te diré: la mujer que positivamente hubiera sido mi felicidad absoluta, el ideal, la mujer soñada, es una que

no sé ni cómo se llama, ni dónde vive, ni si se ha muerto...

—¡Caramba! ¡Qué cosa más extraña! Eso es cinematográfico, quiero decir complicado.

—Pues no es cinematográfico, querido, sino realidad pura.

—A ver, á ver; explícate, cuenta, que me intrigas.

—Pues verás...

Mariano cambia de postura y ofrece un cigarrillo á su camarada. Hay una pausa.

—Paseaba yo una tarde por la Moncloa, y ya iba anocheciendo, cuando al volver un recodo...

Mariano hace otra pequeña pausa para encender el cigarro:

momentos. Espéreme usted mañana aquí mismo, á esta hora. Le juro que vendré.» Y, acelerando el paso, perdióse en la distancia la misteriosa dama, dejando en el aire un leve rastro de perfume...

—No está mal, no está mal como principio de aventura.

Mariano, al calor de la evocación, quédase abstraído durante unos instantes. Gonzalo pregunta, vehemente y curioso:

—¿Y qué, y qué? Al día siguiente...

Mariano, con melancolía:

—Pues al día siguiente yo asistí puntualmente á la cita. Y ella... no vino.

—¡Atiza! ¡Valiente mico! Pero muchacho—y

lidad interponiéndose entre «ella» y yo, levantando una muralla ante mis ansias. Porque has de saber que aquella mujer era, positivamente, como antes te he dicho, la mujer soñada, la felicidad absoluta, la presentida de mi corazón, la amada inmortal...

—¿Nada más que todo eso?—Gonzalo pregunta riendo.

—Todo eso... y más. Han pasado algunos años y aún percibo el rastro de perfume que ella hubo de dejar en el aire.

—¡Si que tienes fino el olfato!

—Aquella mujer era «ella», estoy seguro. ¡Era «ella»!

Gonzalo, dejando de reír:



—Cuando al volver un recodo tropiezo con la silueta de mujer más interesante que he visto en mi vida. Alta, fina, de armonioso contorno, con no sé qué majestad en toda ella... Fué cosa de un instante. Apenas tuve tiempo de ver relucir, bajo el velo moteado que la cubría el semblante, unas pupilas no sé si verdes... ó azules... de peregrino brillo. En el punto de aparecer yo, la dama, que hallábase sola y sentada en un banco de piedra, se puso en pie y salió como huendo. Una fuerza magnética que de aquella mujer parecía irradiar, me obligó á cortarle el paso para decirle resueltamente: «—Escúcheme usted, señora; hágame la caridad de escucharme un minuto. —Imposible, imposible... —Se lo pido con toda mi alma. —Le digo que imposible en estos

Gonzalo ríe ruidosamente—, ¿á eso le llamas tú aventura? ¿Te has vuelto loco?

Mariano tiene una risa tolerante para la cómica indignación de su amigo.

—¡Y eso que te juró que volvería al día siguiente! Fíate de juramentos de damas misteriosas!

Mariano, gravemente:

—Pues te aseguro que no fué vano el juramento que me hizo. ¿Por qué había de mentir? ¿Qué necesidad tenía de mentir? Ella pensó en acudir á la cita, estoy seguro de ello; ¡hubo en sus palabras tal acento de sinceridad! Pero luego, al día siguiente, y durante muchos más, pues días y días estuve yendo al lugar de la cita, una causa poderosa se lo impidió. He aquí á la fata-

—¿Era «ella»? Es posible, querido... Los soñadores sois así: labráis la realidad á vuestro antojo; no os paráis en barras. Pero yo te digo una cosa: que si esa dama ideal hubiese asistido á la cita, acabado hubiera vuestra aventura de la vulgarísima manera en que acaban todas en este bajo mundo, irremediamente prosaico. Estarías á estas horas aburrido del misterio y el perfume de aquella señora... ó casado con ella y renegando de las aventuras. Dices que era «ella», el imposible, el ideal en cuerpo y alma, y yo lo creo. Pero era «ella»... sencillamente porque no acudió á la cita.

J. ORTIZ DE PINEDO

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS

NUESTRAS VISITAS

EL MAESTRO ORTEGA MUNILLA

Nos habíamos equivocado? ¿Esperábamos en balde?

La portera nos había dicho que en aquel piso vivía D. José Ortega Munilla; la doncellita sonriente lo había ratificado y nos introdujo en aquella habitación mientras «pasaba nuestra tarjeta al señor». Pero ¿era posible que aquel despacho pequeño como una caseta de Consumos, y modesto como el de un alcalde de barrio, fuese el despacho del gran maestro D. José Ortega Munilla? Nos resistíamos á creerlo y temíamos, el gran maestro Campúa y yo, que se repitiese aquella célebre y divertida *plancha* que hicimos

en Barcelona. La recordamos con horror. Fué hace un año. Buscábamos al dramaturgo catalán Iglesias por todas partes. Al fin, un amigo nos dió la que él creía su dirección: Paseo de San Juan, número tal. Al punto nos dirigimos allí. Un poco nos sorprendió encontrarnos con un *garage* de automóviles de alquiler; sin embargo, como en el espíritu catalán se armonizan perfectamente las más opuestas actitudes—escritor y comerciante ó industrial, pintor y poeta—, aceptamos para nuestras mentes que Ignacio Iglesias, entre drama y drama, examinase el motor de un *auto* ó le tomase la cuenta á un *chauffeur*.

Preguntamos por el señor Iglesias.

—El señor Iglesias—nos respondió el portero—está en su despacho; pasen ustedes.

Y penetramos dando saltos, como en una carrera de obstáculos, por entre los neumáticos y los bidones de gasolina, en un despacho en donde estaba sentado un señor á quien, por su barba negra y su pelo ondulado, encontramos algún parecido con el autor de *Los viejos*, que por fotografía conocíamos. Tomamos asiento. Yo le llamé maestro. Campúa le dijo que aquí en Madrid sería muy bien recibido. Nuestro visitado aceptaba encantado todo y se atusaba la barba con deleite. Hicimos veinte fotografías. Una conduciendo un automóvil. Otra hojeando la guía Michelin—no tenía otro libro á mano—. Otra conversando conmigo. El hombre estaba un poco extrañado, pero se dejaba hacer... ¡La vanidad humana no tiene límites! Creía el buen señor que su fama de alquilador y representante de automóviles había llegado hasta Madrid. Después empecé yo mis preguntas. Primero los detalles biográficos. Había nacido en Pamplona; tenía tantos años, de pequeño fabricaba butifarras, etc. Al fin, le pregunté:

—¿Cuál es la última obra que ha hecho usted?

—La va usted á ver—me contestó—. *La suspensión ideal*.

Y cuando esperábamos que nos enseñase un manuscrito nos mostró dos horribles pepinos de acero de esos que se acoplan en las ballestas de los automóviles. Entonces me asaltó la duda cruel.

—No, si yo me refiero á obra de teatro; algún drama—insinuamos.

—¿Drama?... ¿Drama?... He tenido varios. El último fué un choque en el Paseo de Gracia. Hubo un muerto y dos heridos.

—¡Pero, señor!—inquirí yo aterrado—: ¿Usted no es el dramaturgo catalán D. Ignacio Iglesias?

—¡Oh, no, señor!—aclaró él con flemma—. Yo soy Joaquín Iglesias. Nada más que Joaquín Iglesias.

Comprenderás, lector, que creímos morir de estupor.

¿Nos ocurriría otro tanto en esta visita á Ortega Munilla?

Nuestra mirada escudriñaba por todas partes buscando un detalle que nos dijese: «Sí, aquí vive el que durante más de treinta años dirigió *El Imparcial*; el que fué muchísimo tiempo eje de la vida nacional, el ilustre periodista alrededor del cual giró toda la política española; el que con un artículo derribaba un Gobierno; el que ponía su visto bueno á Gabinetes políticos; el que desdénaba carteras, el insigne escritor que era halagado por todos los gobernantes; sí, aún vive, y aquí vive, aunque te sorprenda.»

Ni un retrato, ni un recuerdo de aquellos días de gloria.

La mesa era una pobre mesa sin historia, de lo más modesto; sobre ella había papeles, algún libro y unas grandes cuartillas. Hasta que algunas notas que había escritas de puño y letra del maestro admirado nos trajeron al fin el triste convencimiento de que nos hallábamos en la casa, en el despacho de D. José Ortega Munilla. ¡Oh! Y nosotros que somos jóvenes, que amamos nuestra profesión, que acariciamos esperanzas sobre el porvenir del periodista honrado y trabajador, hemos sentido una inmensa pena, un profundo desaliento ante este ejemplo del eximio escritor, del hombre bueno que en tenaz y dura pelea conquistó en los campos de batalla del periodismo el grado de capitán general. Hoy, á los sesenta años, Ortega Munilla tiene necesidad, para vivir, de escribir tantas cuartillas como un mozo que comience á abrirse camino en las letras, y está refugiado en este piso humilde y en este despacho de estudiante. Esta jubilación no es muy ventajosa. Aprendamos, queridos compañeros. Pongamos toda nuestra alma al servicio de esta pícara profesión, que... ¡ya recibiremos el pago!

Y de nuestras meditaciones y perplejidades nos sacó la presencia de D. José Ortega Munilla. Alto, recio; más que de escritor tiene aspecto de *lobo marino* por su color tostado, sus manos formidables, su luchana gris, su mirada franca



D. JOSÉ ORTEGA MUNILLA

y noble, sus gestos bondadosos que denuncian un alma sana, infantil, y su grande pipa de tabaco inglés.

—Le dejé a usted la elección de la hora—empezó diciéndonos—, además de por cortesía, porque yo permanezco casi todo el día en casa; apenas salgo, y cuando lo hago, es a visitar mis nietecillos.

—Bien, maestro, hace usted vida de santo. Empecemos nuestra conversación recordando cuando usted era nietecillo.

Ortega Munilla hizo un gesto de asombro.

—Caramba, nos vamos a remontar al Diluvio.

Después sacó del cajón una tabaquera y cargó su formidable pipa; la encendió y, tras de acariciar con su enorme mano su amplia frente y su cráneo completamente despoblado de cabello, exclamó:

—Pregúnteme usted, *Caballero Audaz*, que yo procuraré decirle cosas que no le he dicho todavía a nadie.

—¿Dónde nació usted?

—Soy cubano; nací en Cárdenas; pero mis padres eran españoles.

Hizo una pausa; yo le dejé recordar.

—A los pocos meses de nacer—prosiguió—me trajeron a Madrid, y yo madrileño me considero. Aquí estudié. Soy abogado como todos los españoles, pero jamás he ejercido la carrera. Mi gran alición era, y... lo es todavía, el periodismo.

—¿Y cómo se manifestó en usted esta afición?

—Verá usted: mi padre era periodista en periódicos que no cito porque ya no se acuerda nadie de ellos; sin embargo, yo, cuando niño, tenía un horror tremendo al periodismo. Es más, le tenía rencor; porque en aquel período de la Revolución de Septiembre—apenas contaba yo nueve ó diez años—se cultivaba un periodismo agudo y violento y audaz. Algo de lo que ocurre ahora. El periodista activo estaba en constante peligro. Los artículos había que sostenerlos con la punta de la espada ó purgarlos en los calabozos de la cárcel. ¿Comprende usted mi horror hacia el periodismo? Pero las circunstancias me llevaron a él. Es curioso. Yo iba a ser cura por cierta vocación ó entusiasmo mío, y seguí los estudios eclesiásticos en los seminarios de Cuenca y Gerona durante cinco años. Por eso sé tanto latín; lo único que sé es latín. Mi padre era redactor jefe de *El Tiempo*, y un día, durante unas vacaciones, se me ocurrió escribir unas cuartillas. Se publicaron y el artículo gustó. Y aquella tentación—que debió ser cosa del Diablo para apartarme de la carrera eclesiástica—varió por completo mis tendencias. Dejé la carrera de cura y me agarré a la de abogado, promiscuando con el periodismo. Claro que, para mis adentros, pensaba yo que cultivaría la literatura hasta el punto y hora que terminase mi carrera, pues tenía decidido entregarme a ella; pero, amigo mío, el periodismo posee la seducción de una mujer bella y peligrosa!

Estas últimas palabras del ilustre ex director de *El Imparcial* fueron dichas con sentenciosa amargura.

—Pues bien—continuó—. Entré en *El Imparcial* de noticiero de guerra, mejor dicho, del Ministerio de la Guerra. Aquello no me hacía feliz. Y lo dejé porque no me gustaba buscar noticias. Al poco tiempo entré en *Los Debates*, y allí tuve la suerte de destacarme.

—¿Cómo?

—Un buen día se concluyó el folletón extranjero que se venía publicando. «Hombre—me dijo el director—, nos hacía falta un cuento para esperar el otro folletón.» «Pues yo tengo uno—le dije—. Se titula *La cigarra*.» Lo leyeron. Agradó mucho y comenzó a publicarse. Tenía dimensiones como para tres días de folletín; pero, ami-

go mío, fué un éxito, y el director me dijo: «Eso hay que seguirlo», y así llegó a ser novela lo que sólo iba a ser cuento.

—Tras de esto entró usted en *El Imparcial*.

—Sí, señor; por entonces vino la escisión de *El Liberal*. *El Imparcial* se quedó casi sin gente, y Castro y Serrano me llamaron y me dijo que si quería hacer las crónicas de «Los lunes de *El Imparcial*», que entonces hacía nada menos que Fernández Flores.

Hizo un amargo silencio el admirable maestro, y después murmuró tristemente:

—Y en *El Imparcial* estuve treinta y tantos años.

Calló; cargó de nuevo su pipa y murmuró como pensando en voz alta:

—La vida es muy compleja. Hay que olvidar.

—¿Y por qué salió usted de *El Imparcial*?

—La vida que yo hacía allí era mortal. Entraba en mi despacho a las nueve de la noche en punto, y salía a las doce horas. Había prescindido de todo para entregarme en alma y vida a mi

y además, que tengo la misma afición, el mismo entusiasmo que cuando mozo. Escribo a máquina hasta el punto que no puedo escribir a mano. Muchas veces, para una carta delicada que quiero vaya de mi puño y letra, tengo primero que hacer el borrador a máquina. Yo guardo la idea de un periódico diario ideal. Un periódico que yo hago mentalmente todas las mañanas con los acontecimientos del día.

—¿Qué le produce a usted la literatura?

—Unas ocho ó diez mil pesetas al año, y eso por la colaboración americana. Y le voy a contar a usted la forma curiosa de cómo empezó mi colaboración en *LA ESFERA*.

—La sé, maestro; pero cuéntela usted.

—Yo muchas veces dudo de mí. ¿Estaré ya tonto y sólo se apreciará de mis artículos la firma por la velocidad adquirida? Entonces, para convencermé, recorro al incógnito y echo una calicata por ahí a ver si estoy anticuado. A lo mejor acudo a un concurso enviando un trabajo ó mando a un periódico una crónica con un seudónimo. Pues bien; leí yo en

Vitoria *LA ESFERA* asiduamente, ¿y por qué negarlo?, me encantaba, y leyendo las entrevistas de *El Caballero Audaz* se me ocurrió otra sección de entrevistas con los muertos. Escribí la primera, la firmé con el seudónimo de *Claro de la Plaza* y la remití a «Prensa Gráfica». Y cuál no sería mi sorpresa al encontrarme con ella publicada al poco tiempo. Mandé varias más y fueron saliendo rápidamente. Esto hablaba muy bien de *LA ESFERA*, pues demostraba que ustedes leían los originales de desconocidos, cosa que no se hace en todos los periódicos. Al fin, cuando *Claro de la Plaza* era un personaje, rompí el incógnito. Y ahí tiene usted cómo a los sesenta años me proporcioné las delicias del debut. Todo muy ingenuo, muy sencillo, que así es mi espíritu; no me enterrarán con ningún tricorno, banda y espadín, sino con la chichonera, pues vivo en niño toda mi vida.

—¿Y de libros? ¿Qué prepara usted?...

—Varios... ¿No ve usted que yo no hago más que escribir?... Produzco mucho.

—¿Y con facilidad?

—Sí, con gran facilidad; yo, desde luego, escribo mal, muy mal; pero escribo de prisa y sin tropiezos, como si dictara... Tanto es, que la mano resulta un freno para las ideas... Pues de libros, ahora estoy preparando una serie de cuatro volúmenes, que contendrán todas las impresiones de mi viaje a América, y que lleva el título de *Un viaje a las tierras del Plata*, muy interesante. Además, tengo tres nove-

las escritas y dos ó tres colecciones de cuentos...

—También he leído que está usted próximo a debutar como autor dramático. ¿No?

—Sí, señor. El porque, ya lo he relatado en *El Día*. En efecto, Fernando Mendoza tiene para estrenar en esta temporada, una obra mía titulada *Soñaba el Rey...* Y, mire usted qué coincidencia. Escribí esa obra en el mes de Mayo, antes de todos los lamentables sucesos que después se han desarrollado y, sin embargo, parece que me la han dictado esos sucesos... Así es que hoy tiene una actualidad enorme.

—¿Qué opina usted de la Academia?

—A mí me parece que, con todos sus errores, es una de las pocas instituciones que en España están bien organizadas. Y me parece muy bien, asimismo, que se discuta a la Academia y a los que la formamos; las figuras y los prestigios deben ser discutidos. Eso de los casillos encantados no debe existir. Nada de eso. Yo soy periodista en medio de la calle; ¡ahí! Que unos digan que soy malo y otros que soy bueno. Lo espantoso es que todos estén de acuerdo sin saber por qué.

Era ya de noche.

EL CABALLERO AUDAZ



Ortega Munilla en su gabinete de trabajo

FOTS. CAMPÚA

amor, que era el gran diario. Tuve a mi alcance cargos políticos y no me sedujeron. Yo no intervenía en cuestiones de la política sino como periodista testigo de ellas. Cuando salí de *El Imparcial*, a las dos Cortes siguientes dejé también de ser diputado.

—¿Y al desaparecer su influencia en la vida pública, habrá usted recibido muchos desengaños?

—No lo crea usted—rectificó bondadoso el maestro—. Yo estoy obligado a restaurar un poco el concepto humano, pues ahora que no soy nadie recibo muy delicadas muestras de consideración de las gentes.

—¿Y libros?

—Durante mi labor periodística publiqué más de veinte volúmenes. De todos ellos, el preferido por mí, mejor dicho, el que menos me disgusta, es *El tren directo*, novela que fué muy elogiada por *Clarín*. Mis dos maestros de diario estudio han sido y son Balzac y Galdós. Por consejo de los médicos, a la salida de *El Imparcial* me fuí a Vitoria y allí tengo mi casa, mis libros y mis elementos de trabajo.

—¿Y trabaja usted mucho?

—Casi todo el día. Lo necesito para comer,



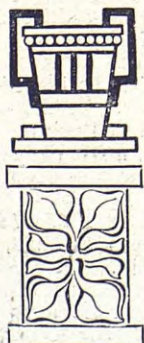
LA CANCIÓN DEL BESO

¡Toma, mujer, mi vida y dame un beso!

*Ha da ó mujer, acércate; en mi frente
dejen tus labios del amor el sello;
realidad ó ficción, tu boca besa
con caricia ideal mi pensamiento,
que aun más hermosa y buena, que de carne,
serás, siendo quimera de mi ensueño.*

¡Toma, mujer, mi vida y dame un beso!

*Dentro de mi te siento... y siento que huyes
cuando va á poseerte mi deseo.
Te busco y no te hallo. ¿Me posees
cual fantasma que engendran mis anhelos?*



*¿O estás fuera de mi como imposible
realidad de que nunca seré dueño?*

¡Toma, mujer, mi vida y dame un beso!

*Ya ni la gloria ni el placer ansio;
misertas son y escorias de este suelo
sin tu amor ideal. Las frescas brisas,
al pasar, besan el follaje viejo...
¡Bésame así también y huye, quimera!
¡Mi vida llévate! ¡Déjame un beso!
¡Que aun más hermosa y buena, que de carne,
serás, siendo un fantasma de mi ensueño!*

B. MORALES SAN MARTÍN
FOT. MARTÍNEZ SANZ

LAS JOYAS DE LA PINTURA



UN DETALLE DEL FAMOSO Y BELLÍSIMO CUADRO DE RAFAEL, "LA VIRGEN DEL GRAN DUQUE",
EXISTENTE EN LA GALERIA PITTI, DE FLORENCIA

LA MODA FEMENINA



El reinado del invierno impone rápidamente los cambios anunciados por la moda. Las elegantes habrán de rendirse á sus caprichos. Y, en verdad, que no opondrán mucha resistencia. Antes al contrario, se alegrarán de la ocasión que el tiempo les proporciona para modificar su tocado. En esta plana se publican varios modelos de sombreros, de los que en la presente temporada invernal hemos de admirar en las calles madrileñas. Como se ve, no responden á un tipo único, exclusivo. Su forma es varia y cada uno de ellos acusa diferencias originales. Pero todos ellos tienen un aspecto artístico, y son algo así como el eco del último grito de nuestra señora la Moda, cuya majestad reverencia y acatan subditos de todos los países. Dentro de la severidad que la estación invernal reclama, son de una graciosa elegancia, continuación de los usos hasta hace poco en las bulliciosas playas del Norte y después en las animadas calles de Madrid, al llegar el otoño.

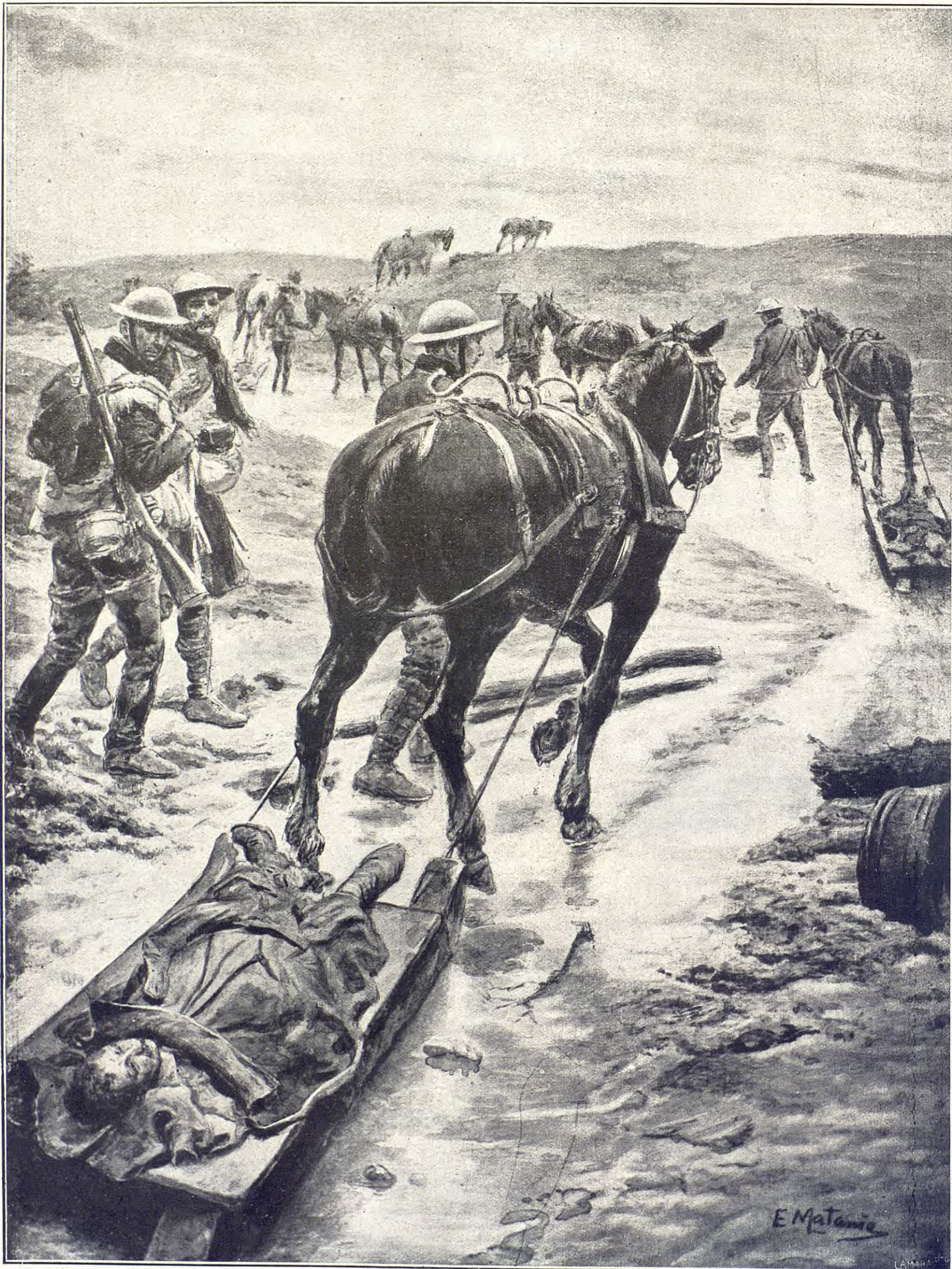
LA ESFERA

ARTE MODERNO



ROMANTICISMO, dibujo de Enrique Ochoa

ESCENAS DE LA GUERRA



UN CONVOY DE TRINEOS, DEL EJÉRCITO FRANCÉS, LLEVANDO Á LOS HERIDOS EN UN COMBATE, Á UN PUESTO DE AMBULANCIA SITUADO Á RETAGUARDIA

DIBUJO DE MATANIA

ESPAÑA Y SUS MÉDICOS
EL DOCTOR FERNANDEZ DE ALCALDE



Un aspecto del lujoso recibimiento



Un artístico rincón del despacho

GUIADOS por el entusiasmo y la gratitud de un compañero á quien el ilustre Dr. Fernández de Alcalde había salvado de un inminente peligro de muerte, pronosticada por clínicos prestigiosos que le habían diagnosticado de grave enfermedad del pecho, visitamos la casa del célebre autor de las vacunas panautógenas, más conocidas en el extranjero que en España, con serlo aquí mucho. Antes de darnos á conocer como periodistas, contemplamos absortos el lujoso y magnífico salón de espera, donde cambiamos la conversación con aristócratas.



DOCTOR D. ALFONSO FERNÁNDEZ DE ALCALDE
 FOTS. CORTÉS Y WALKEN

su preparación para cada caso), en proporción de más de un noventa por ciento, y los segundos, porque saben también que la tuberculosis no se contagia, como es creencia general. Pero no levanto muertos», añadió.

Nos despedimos del culto profesor del *Real Dispensario Príncipe Alfonso*, con la plena convicción de que habíamos asistido á uno de los momentos más interesantes para la historia médica, y de los más famosos para la medicina española: ¡la curación de la tuberculosis pulmonar en un elevadísimo tanto por ciento!



Aplicación de las excelentes y ya famosas vacunas panautógenas, en los comienzos del tratamiento de un grave enfermo tuberculoso

sacerdotes, profesionales de todas las ramas del saber, y muchas madres que, como aquéllos, nos referían, emocionadas, los prodigios del método curativo del Dr. Fernández de Alcalde, gracias al cual, ya no se pronuncia con el terror de la carencia de medios eficaces, la palabra tuberculosis. Presentados por el referido compañero en el suntuoso despacho del doctor, éste, con exquisita amabilidad, nos dió á conocer todo el arsenal de que se sirve para la preparación, por él únicamente llevada á efecto, de sus vacunas panautógenas, una cada vez y sólo para cada enfermo. Labor incesante, que no le deja punto de reposo, pues ha de atender á los clientes que á él acuden personalmente ó por correspondencia. Encomiando nosotros su método, que, en día no lejano, dará un rayo más de gloria para nuestra patria ante los ojos de las demás naciones, nos decía el doctor con su habitual modestia: «—Aquí acuden los tuberculosos y los que temen serlo; los primeros, porque saben que la tuberculosis se cura con mi proceder (que es distinto en



Última etapa de la aplicación de la panautogenoterapia, en los días anteriores á ser dado de alta un enfermo, tratado durante dos meses

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA



José Zamora 1911

*El sagrado misterio
de los filtros de amor ha sido descubierto
por la PERFUMERÍA FLORALIA
y encerrado en sus prodigiosas creaciones.
De ellas es Soberano y Señor, por su finura,
pureza é higiene, el exquisito*

JABON

FLORES DEL CAMPO